

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL PINTOR, LA RUBIA Y EL OSITO

Joseph Berna



SS

SERVICIO SECRETO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.379. — El club de la metralleta.

En Colección **KANSAS:**

843. — La elección de Miss Oklahoma.

En Colección **COLORADO:**

841. — Un osado californiano.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL:**

164. — La heredera del Cinco Estrellas.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL:**

249. — Me casé con una *girl*.

En Colección **PUNTO ROJO:**

746. — El muerto tiene cosquillas.

JOSEPH BERNA

**EL PINTOR,
LA RUBIA Y EL OSITO**

Colección

SERVICIO SECRETO N° 1.388

Publicación Semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 160 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: marzo, 1977

© **Joseph Berna – 1977**

texto

© **Miguel García – 1977**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El sol de la mañana penetraba a raudales por el amplio ventanal que se levantaba por encima del techo, inundando de luz el viejo desván, convertido ahora en un estudio de pintor.

Había muchos cuadros, la mayoría de ellos en el suelo, apoyados contra las paredes y cubiertos por telas blancas.

Junto a la pared del fondo, cubierta toda ella por una tela roja, muy brillante, se veía un cómodo canapé, sobre el que descansaban varios almohadones de distintos colores.

Un poco más allá, a la izquierda del canapé, había un biombo desplegado, compuesto por cuatro bastidores.

En el centro de la estancia, un caballete, y descansando sobre él, un bastidor con un lienzo, inmaculado todavía, dispuesto para que los pinceles del artista plasmasen en él la bonita figura de un cuerpo de mujer.

¿Sería realmente bonita la figura de la chica?

Eso era lo que se preguntaba Roger Delon, el joven pintor que había alquilado aquella buhardilla en el antiguo y pintoresco barrio de Montmartre.

Roger contaba veintiséis años de edad, y era alto, de constitución atlética, cabello oscuro, ojos grises, nariz recta, mentón firme. Vestía una floreada camisa de manga corta, muy ligera, pantalones téjanos, color caña, y mocasines marrones.

Gerard Portier le había asegurado que sí, que la modelo tenía una silueta perfecta, además de un rostro sumamente atractivo.

Y Gerard entendía un rato de aquello...

Era pintor, como Roger, pero llevaba mucho más tiempo que éste dándole a los pinceles. Y también llevaba más tiempo que él en París.

La chica se llamaba Sylvie Prout, y había posado para Gerard hacía tan sólo un par de semanas.

Gerard, al saber que Roger andaba buscando una modelo, le habló de Sylvie, del estupendo físico de la chica, y de lo que cobraba por una sesión de una hora: cincuenta francos.

A Roger le pareció un precio justo, y le rogó a Gerard que la mandase a su estudio al día siguiente, a las diez de la mañana, para conocerla personalmente.

Y esperándola estaba...

Roger Delon consultó su reloj.

Sólo faltaban cinco minutos para las diez.

Bien.

No tardaría en saber si Gerard Portier había exagerado al describirle a Sylvie Prout.

Si no era así, Sylvie posaría también para él.

Para que la espera se le hiciese más corta, Roger echó mano del paquete de cigarrillos y del encendedor de gas que llevaba en el bolsillo superior de la vistosa camisa.

Segundos después, expulsaba la primera bocanada de humo.

No llegó a inhalar por segunda vez el cigarrillo, porque justo cuando se lo llevaba de nuevo a los labios, llamaron a la puerta.

—Ya está aquí —pensó Roger en voz alta, al tiempo que dejaba el cigarrillo en el cenicero de cristal que había sobre la rústica mesa en la cual descansaban también su paleta de pintor, numerosos tubos de pintura, varios pinceles y algunos botes.

Seguidamente, se levantó del taburete en el que se hallaba sentado y caminó hacia la puerta.

Abrió.

En efecto, allí estaba la chica.

¡Y qué chica...!

A Roger Delon le bastaron un par de segundos para llegar a la conclusión de que Gerard Portier no había exagerado un ápice.

En todo caso, se había quedado corto.

La chica era algo sensacional, se la mirase por donde se la mirase.

Unos veinticuatro años, metro setenta aproximadamente de estatura, cabello largo, suave, muy rubio, ojos azules, grandes y brillantes, orlados de largas y sedosas pestañas, nariz perfecta, labios sensuales, atrayentes, busto pleno y erguido, cintura estrecha, redondas caderas, de donde nacían un par de largos y esbeltos muslos, en buena parte exhibidos, pues la faldita que lucía la modelo no tendría más de un palmo.

El escote de la ceñida blusa sí lo tenía.

Y puede que hasta palmo y medio.

¡Qué escote, madre...!

Huelga decir que era mucho y muy tentador lo que asomaba por allí.

Roger Delon miró.

Y no precisamente con ojos de artista...

Pero no pudo mirar por mucho tiempo, porque la escultural rubia, que sostenía un pequeño oso de trapo en las manos, penetró en la buhardilla, sin esperar a que el pintor la invitase.

Roger, un tanto sorprendido, cerró la puerta y se volvió hacia la modelo.

Ella, ahora, le daba la espalda.

Estaba quieta, observando el estudio del artista.

Roger aprovechó la ocasión para examinarla por detrás.

«¡Qué maravilla...!», exclamó para sí, porque seguía sin mirarla con ojos de artista.

Eso ya vendría después, cuando la escultura posase para él.

La rubia se volvió y le pilló con la boca abierta.

Sonriendo irónicamente, dijo:

—A ver si se traga una mosca...

—¿Cómo?

—Que si no cierra la boca, corre peligro de tragarse una mosca.

Roger se apresuró a cerrarla.

—Disculpe que ponga esta cara de idiota, pero es que estoy impresionado, muy impresionado... —carraspeó nerviosamente.

—¿Por qué?

—Por su belleza.

—Muy galante.

—Gerard ya me dijo que era usted una joven preciosa, pero no creí que lo fuera tanto...

—¿Gerard? —repitió ella, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Sí, Gerard Portier, el pintor para el cual posó usted no hace mucho. La manda él, ¿no?

—Oh, sí, me envía Gerard —asintió la rubia, dándole la espalda nuevamente.

Roger dio unos pasos y se situó junto a ella.

—¿Le gusta mi estudio, Sylvie?

Ella le miró.

—Sí, no está mal... ¿Cómo debo llamarle?

—¿Al estudio?

La modelo emitió una risita burlona.

—No, hombre. A usted.

Roger rió también.

—Oh, sí, a mí, claro. Roger, llámeme Roger.

—Bien.

Roger carraspeó ligeramente.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Sylvie?

—¡Claro!

—¿Por qué se ha traído eso? —Roger señaló el pequeño oso de trapo.

—¿El osito?

—Sí.

—Le tengo tanto cariño que siempre lo llevo a todos lados.

—Ni que fuera de verdad —rió Roger.

—Y lo es.

Roger Delon puso una cara muy rara.

—¿Pretende tomarme el pelo, Sylvie?

—¡Por supuesto que no!

—Ese osito es de trapo.

—Sí. Pero puede convertirse en un enorme oso de carne y hueso, con feroces dientes, si yo se lo ordeno.

Roger se dio cuenta de que la rubia bromeaba y decidió seguir el juego.

—¿Es usted bruja, Sylvie...?

Ella asintió con la cabeza.

—Una de las más poderosas, Roger.

—¿Y le ha ordenado en alguna ocasión al osito que...?

—Cada vez que el pintor que me contrata para que pose para él se olvida de que soy una modelo y me toma por otra cosa mucho más fea. Entonces, le ordeno a «Sonny» que se haga grande y le suelte un par de dentelladas en las manos al pintor, para que no las tenga tan largas.

—¿Y suele eso suceder muy a menudo?

—Sí, bastante.

Roger sonrió.

—Conmigo no tendrá necesidad de recurrir a «Sonny», Sylvie. No olvidaré en ningún momento que es usted una modelo, sólo eso.

Ella también sonrió.

—Espero que así sea, Roger.

—Le doy mi palabra.

Durante algunos segundos, ninguno de los dos habló.

De pronto, Roger miró su reloj y dijo:

—Las diez y diez, ya... Habrá que empezar a trabajar, Sylvie.

Ella continuó callada, observando los cuadros que colgaban de las paredes, todos ellos firmados por el mismo artista: «Roger Delon.»

Eran de una calidad más que aceptable.

—Puede desvestirse tras aquellos bastidores —indicó Roger,

señalando el biombo desplegado.

La rubia le miró, sonriendo extrañamente.

—No será necesario, Roger.

—¿Utilizar los bastidores?

—Desvestirme.

—¡Oh, sí!, tiene que quitarse la ropa, Sylvie. Quiero pintar un desnudo...

—Mañana me la quitaré, no se preocupe.

La modelo explicó:

—Hoy no he venido a posar, Roger. Sólo a conocer su estudio y a conocerle a usted. Su estudio me gusta, ya se lo he dicho, y creo que de usted puedo fiarme, así que no tengo inconveniente en posar para usted. Pero será a partir de mañana, pues hoy tengo que solucionar un par de asuntos y no dispongo de tiempo para posar.

—¿Ni siquiera una hora?

—No, lo siento.

Roger Delon lanzó un suspiro de resignación.

—De acuerdo, empezaremos mañana.

—¿A qué hora quiere que venga?

—A las diez, como hoy.

La rubia hizo un mohín pícaro.

—¿Por qué no nos tuteamos, Roger?

—Si «Sonny» no se opone... —respondió el pintor, sonriendo.

—¡Naturalmente que no! —rió ella—. ¿Verdad que no te opones, «Sonny»? —le preguntó al osito, poniéndoselo delante de la cara.

El animalito de trapo no respondió, claro.

Sin embargo, la modelo dijo:

—Ha dicho que no, Roger.

—Ya lo he oído.

Sylvie Prout volvió a reír.

—Hasta mañana, Roger —se despidió, y caminó hacia la puerta.

El pintor fue tras ella, la adelantó, y se dispuso a abrir la puerta.

—Un momento, Roger —dijo la rubia—. Toma, quédate con «Sonny».

—¿Que me quede con «Sonny»...?

—Sí. No te molesta, ¿verdad?

—No, claro. Pero...

—Gracias, Roger —le interrumpió ella, entregándole el osito—. Me lo llevaré mañana, después de la sesión.

—Espero que no me ensucie el suelo, porque no tengo serrín...

—No temas, «Sonny» es un osito muy curioso.

El pintor abrió la puerta.

—Hasta mañana, Sylvie.

—Adiós, Roger.

—Y sé puntual.

—Descuida.

Sylvie Prout empezó a descender por la vieja escalera.

Roger Delon cerró la puerta.

Observó el osito de trapo que le había confiado la modelo.

—Espero que no me causes problemas, «Sonny» —dijo, sonriendo, y lo dejó sobre los cuadros que estaban en el suelo.

Pero «Sonny» sí iba a causárselos.

Y muy gordos.

Apenas cinco minutos después de que Sylvie Prout abandonase el estudio del pintor, llamaron de nuevo a la puerta.

Roger Delon acudió rápidamente a abrir, creyendo que se trataba de Sylvie, que había cambiado de parecer y estaba dispuesta a posar para él aquella misma mañana.

Pero no.

No era Sylvie.

Se trataba de una joven morena, muy bonita también, no tan alta como Sylvie, pero de formas igualmente sugestivas. Llevaba un bolso marrón colgado del hombro.

Roger le concedió veintidós años.

Al bolso, no, a la chica.

—Buenos días —saludó la joven, con una sonrisa encantadora.

—Buenos días —correspondió Roger, un tanto desilusionado—. ¿En qué puedo servirla, señorita?

—Es usted Roger Delon, ¿verdad?

—Sí.

—Yo soy Sylvie Prout, la modelo de quien le habló Gerard Portier.

CAPÍTULO II

Por segunda vez en la misma mañana, Roger Delon abrió la boca como un perfecto idiota.

Tan exagerado era su gesto de perplejidad, que la joven morena que decía ser modelo y llamarse también Sylvie Prout preguntó:

—¿Le ocurre algo, señor Delon...?

Roger empezó a boquear, sin emitir sonido alguno.

Por fin consiguió balbucir:

—Yo..., usted..., ella...

La joven, que llevaba el pelo corto, y vestía un bonito vestido mañanero, muy ligero, sin mangas, y una abertura frontal, cuyos dos últimos botones permanecían sin abrochar, gracias a lo cual la modelo podía exhibir en parte sus torneados miembros inferiores, preguntó:

—¿Le sucede eso muy a menudo, señor Delon...?

—¿El qué?

—Volverse tartamudo.

A Roger le molestó bastante que la chica dijese aquello.

—Yo siempre hablo correctamente, señorita —repuso, ceñudo.

—Siempre, no. Hace un momento se enganchó usted como una vieja máquina de escribir...

—Por su culpa.

La joven agrandó los ojos, ligeramente rasgados, de pupilas verdosas.

—¿Por mi culpa...?

—Sí, señor.

—Oiga, que yo sepa, no le he sujetado la lengua con los dedos —repuso ella, tan molesta ahora como el pintor.

—Pero ha hecho algo peor.

—¿El qué?

—Decir que se llama Sylvie Prout.

La joven pestañeó, desconcertada.

—¿Qué tiene de malo llamarse Sylvie Prout?

—Nada. Pero usted no se llama así.

—¿Eh...?

—Y tampoco es cierto que haya posado para Gerard Portier.

—¡Pues claro que es cierto!

—Embustera.

—¡La embustera será su abuela! —replicó la joven, furiosa.

—Yo no tengo abuela.

—¡Pues su tía!

—Tampoco tengo tía.

—¡Al menos tendrá alguna prima...!

—Sí, tengo una —respondió Roger, aunque no era cierto.

—¡Pues la embustera será su prima!

—Mi prima no puede decir mentiras. Ni verdades tampoco. Es sordomuda.

La joven fue a decir algo, pero se le atropellaron las palabras en la boca y sólo acertó a emitir irnos sonidos muy raros.

—A mí no me hable en ruso, haga el favor —rogó Roger, irónico.

—¡Le estoy hablando en francés!

—Pues me temo que ese francés no lo entendería ni su padre.

—¡A mi padre no lo meta usted en esto o le atizo un puntapié a la espinilla!

—¿Acaso no metió usted a mi prima, la sordomuda?

—¡La sordocuernos! —chilló la joven, roja de ira.

—¡Más respeto con mi prima, señorita!

—¡Váyase al diablo! ¡Usted no tiene ninguna prima, ni sordomuda ni audioparlante! ¡Me está tomando el pelo desde que abrió esa puerta!

—El pelo me lo está tomando usted a mí.

—¡Eso no es verdad!

—¿Por qué dijo que se llamaba Sylvie Prout?

—¡Porque ése es mi nombre!

—Mentira. Sylvie Prout es rubia.

—¿Rubia?...

—Y tiene un osito.

—¿Osito?...

—Sí, de trapo, la mar de mono. Mire, allí encima está. Me lo ha dejado hasta mañana.

—¿Quién?

—Sylvie Prout, ya se o he dicho.

La joven apretó los puños y descargó una rabiosa patadita en el suelo.

—¡Le repito una vez más que Sylvie Prout soy yo!

—No vuelva a hacer eso, señorita.

—¿El qué?

—Dar patadas en el suelo. El edificio es muy viejo y podría venirse abajo.

—¡Oiga, que no soy un elefante!

—No hace falta ser un elefante para cargarse esta ruinosa casa, así que nada de pataditas, por favor.

La joven cerró los ojos con fuerza.

—¡Ay, creo que me va a dar algo!

—Pues se equivoca, porque no pienso darle nada. Buenos están los tiempos...

—¡Todo me da vueltas!

—Ni que estuviera en un tiovivo...

—¡Me voy a desmayar!

—No me lo creo.

Pero sí.

La joven se desplomó.

No llegó a caer al suelo, porque Roger Delon actuó con rapidez y la sostuvo, cogiéndola por debajo de los brazos.

—¡Señorita...!

Ella no respondió, siguió con los ojos cerrados.

El color había huido de sus mejillas.

Roger, que en un principio creyó que la joven estaba representando una comedia, ahora estaba muy preocupado, fundamentalmente por la palidez del rostro de la muchacha.

Rápidamente cargó con ella, entró en el estudio, cerrando la puerta con el talón, y la llevó al canapé, depositándola suavemente sobre él, boca arriba.

Le palmeó las mejillas, con delicadeza.

—Eh, señorita, despierte...

La joven no daba señales de volver en sí.

Roger recordó que tenía una botella de coñac en el cajón de la mesa.

Fue por ella y regresó junto al canapé.

Destapó la botella, aplicó el gollete a la boca de la desvanecida muchacha, cuya cabeza levantó ligeramente con la mano izquierda, y se la llenó de coñac.

La joven se puso a toser casi en seguida.

Roger se apresuró a retirar la botella, dejándola en el suelo.

—¿Se encuentra mejor, señorita...?

Ella no contestó.

No podía contestar.

Seguía tosiendo con mucha fuerza.

Cuando por fin logró dominar el golvato de tos provocado por el

trago de coñac que le había obligado a ingerir el pintor, se incorporó, quedando sentada en el canapé, y clavó sus llorosos ojos en el rostro, preocupado todavía, de Roger Delon.

—¿Qué..., qué me ha pasado...?

—Sufrió usted un desvanecimiento.

La joven se llevó la mano a la frente.

—Oh, sí, ya recuerdo... Me irritó usted tanto con su absurdo modo de proceder, que sufrí un ataque de nervios y me desmayé...

Roger carraspeó.

—Siento mucho lo sucedido, créame.

—Usted qué va a sentir... —rezongó la muchacha.

—De verdad.

—¿Llegué a caer al suelo?

—No, la sostuve a tiempo.

—Es lo único que puedo agradecerle —gruñó ella, abriendo su bolso, del cual extrajo un pañuelito rosa, que se pasó por los ojos.

Roger no dijo nada.

La joven chascó la lengua repetidas veces, haciendo muecas al mismo tiempo.

—Qué gusto tan raro... Me sabe a coñac...

—Le di un trago, para reanimarla —explicó Roger, mostrándole la botella.

A la joven se le escapó un cómico hipido.

—¡Oh! —exclamó, cubriéndose la boca con la mano—. Ahora tengo hipo...

Roger sonrió.

—¿Quiere que le dé un susto?

—No, gracias —respondió ella, guardándose el pañuelo en el bolso y poniéndose en pie—. Lo que quiero es irme de aquí, antes de que... ¡Hip!

Roger empezó a reír.

La joven arrugó el ceño.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

—Su hipo. Es muy simpático.

—Y usted muy antipático.

—No me diga.

—Jamás olvidaré la forma en que me ha tratado y las cosas que me ha dicho.

—No debió usted hacerse pasar por Sylvie Prout.

—¡Yo no me hice pasar por nadie! —gritó ella.

—Oiga, procure no exaltarse, no sea que se desmaye de nuevo.

La joven apretó los labios.

—Tiene usted razón, no debo exaltarme. Además, no vale la pena. Hay docenas de pintores en París que necesitan modelos, y mucho más formales que usted, afortunadamente.

—¿Acaso yo le parezco un informal...?

—No sólo me lo parece, sino que lo es.

—Oiga...

—Adivino lo que ha pasado, señor Delon. Usted necesitaba una modelo, Gerard Portier le habló de mí, y usted le rogó que me enviase a su estudio, para conocerme personalmente y ver si le interesaba contratarme. Después de hablar con Gerard, conoció usted a otra modelo, la rubia del osito, y le gustó tanto su físico, que la contrató. Y esta mañana, para librarse de mí, no se le ocurre otra cosa que decir que yo no soy Sylvie Prout, que Sylvie es rubia y tiene un osito de trapo. Qué poca imaginación, señor Delon... Y qué poca vergüenza. ¿No hubiera sido mucho más sencillo y noble decirme la verdad? Después de todo, usted aún no me había contratado, y tampoco estaba obligado a hacerlo... Si la rubia tiene mejor físico que yo, habérmelo dicho y en paz. No nos hubiéramos peleado por eso, se lo aseguro.

Roger Delon se quedó mirando fijamente a la joven.

Por primera vez, empezaba a dudar.

¿Estaría la atractiva morenita diciendo la verdad? ¿Sería ella Sylvie Prout?

¿No sería la otra, la rubia del osito, la embustera?

¿Cómo podría averiguarlo?

Yendo a ver a Gerard Portier.

Sí, él le sacaría de dudas.

Bastaría con preguntarle si Sylvie Prout era rubia o morena, si tenía los ojos azules o verdes.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad, señor Delon? —dijo la joven morena, interrumpiendo las reflexiones del pintor.

—¿Cómo?

—Que he descubierto su juego.

Roger sonrió suavemente.

—Le aseguro que no estoy jugando a nada, señorita. En mi estudio se han presentado, casi al mismo tiempo, dos chicas bonitas y bien formadas, diciendo ser modelos, llamarse Sylvie Prout, y que las envía Gerard Portier... Es evidente que una de las dos miente. O la rubia, o usted.

—Yo no miento nunca.

—Es posible, pero...

—A usted le gusta más la rubia, confíeselo.

Roger se tironeó un lóbulo.

—Bueno, ella es un poco más alta que usted, y tiene algunos centímetros más de...

—¿De qué?

—De cadera y de busto.

—¿Como cuántos?

—De cadera, unos cinco o seis...

—Demasiada cadera, debería acudir a un gimnasio. ¿Y de busto...?

—Unos nueve o diez...

Los ojos de la joven despidieron un centelleo.

—¿Diez centímetros más de busto que yo...?

—Aproximadamente, sí —carraspeó Roger.

—Entonces ya sé cómo se va a titular el cuadro que piensa pintar usted: *La vaca lechera*.

Roger no pudo contener la risa.

—Muy bueno eso, sí, señor.

—¡Buenos días, señor Delon! —dijo la joven, dando media vuelta.

Caminó hacia la puerta.

De pronto, se detuvo, llevándose la mano a la espalda.

—¡Oh! —exclamó.

—¿Le ocurre algo, señorita? —preguntó Roger, acercándose a ella.

La joven se volvió, turbada.

—¿Le importaría ponerse de espaldas a mí, señor Delon?

—¿Para qué? —inquirió el pintor, extrañado.

Ella titubeó.

—Se me ha soltado el suje... Bueno, la prenda íntima superior.

—Oh... —sonrió Roger.

—Por favor —rogó la muchacha.

—Sí, en seguida.

Roger se dió la vuelta.

Escuchó cómo la joven se bajaba la cremallera del vestido.

Y cómo se la subía, segundos después.

—Ya puede volverse, señor Delon —dijo ella.

Roger lo hizo, sonriendo.

—Hablaré con Gerard Portier, señorita. Y si efectivamente es usted Sylvia Prout, y la rubia la embustera, le pediré humildemente perdón y le rogaré que pose para mí.

—Ahórrese la molestia, porque no accedería —hizo saber ella.

—¿Ya no quiere posar para mí?

—Ni aunque me pagase a mil francos la hora.

—¿Tan enfadada está conmigo?

—¿Usted qué cree? —repuso la joven, y echó a andar hacia la puerta.

Roger la adelantó y le abrió la puerta.

—Qué amable... —dijo ella, sarcástica.

—Yo soy así en el fondo —sonrió el pintor.

—Eso quisiera usted —repuso la joven, saliendo del estudio.

Empezó a descender por la deteriorada escalera.

—Presiento que volveremos a vernos, señorita —dijo Roger.

—¡Espero que no! —respondió ella.

Roger se echó a reír.

Cerró la puerta.

Esperó un par de minutos y luego salió del estudio, cerrando la puerta con llave.

Mientras descendía por la escalera, encendió un cigarrillo.

Cuando alcanzó la calle, la joven morena ya no se veía por ningún lado.

Roger se dirigió al estudio de Gerard Portier.

No estaba lejos, tan sólo unas calles más allá.

Pero hizo el viaje en vano, porque Gerard no estaba en su estudio.

Roger regresó al suyo.

Apenas entró en él, se dio cuenta de algo.

¡El osito de trapo había desaparecido...!

CAPÍTULO III

Cuando la joven de larga cabellera rubia que se había presentado en el estudio de Roger Delon con un osito de trapo en las manos, despegó los párpados y levantó la cabeza, se encontró en una pequeña habitación, dé sucias y deterioradas paredes.

Una bombilla pendía del techo, cubierta de polvo y con múltiples puntitos negros, dejados por varias generaciones de moscas.

Proyectaba una luz macilenta.

En la habitación no había mobiliario alguno.

Sólo la silla en la que se hallaba sentada la rubia, con las manos atadas a los barrotes del respaldo y los tobillos a las patas delanteras, lo que la obligaba a permanecer con las rodillas separadas.

Ambas cosas, tobillos y manos, le dolían intensamente, debido a que las cuerdas, finas y de plástico, se le clavaban en la carne.

Trató de tantear la resistencia de las ligaduras, pero desistió en seguida, porque el dolor aumentó considerablemente, haciéndose insufrible.

La joven estuvo a punto de gritar.

Pero no lo hizo.

Prefirió apretar fuertemente los dientes y mantenerlos así hasta que el dolor remitió en parte y se hizo más tolerable.

Si hubiera gritado, «ellos» la hubiesen oído.

La joven se estremeció de pies a cabeza al pensar en los tipos que la habían capturado.

Eran tres.

Yves Beguin...

Un bruto.

Jean Libman...

Un sádico.

Louis Dantan...

Un cínico.

Tres hombres ruines y crueles, siempre dispuestos a obedecer las órdenes de Paul Rodin, su jefe.

Paul Rodin

Este era mucho peor que Yves, Jean o Louis, pues reunía la brutalidad del primero, el sadismo del segundo, y el cinismo del tercero.

La joven rubia volvió a estremecerse.

No quería ni pensar lo que iba a ser de ella en manos de aquel cuarteto de canallas.

Recordaba perfectamente cómo la habían cazado.

Fue poco después de salir del portal del viejo edificio en cuya buhardilla tenía su estudio Roger Delon.

En un principio, no vio a ninguno de los gorilas de Paul Rodin.

Por eso se decidió a salir del portal y caminó rápidamente calle abajo.

Casi se dio de bruces con el bruto de Yves.

Giró sobre sus talones y echó a correr calle arriba.

Por allí, sin embargo, surgió el cínico de Louis, cortándole el paso.

Y, casi al instante, el sádico de Jean.

Los tres matones fueron rápidamente hacia ella.

De nada le sirvió introducirse en uno de los portales de la estrecha calle y echar a correr escaleras arriba.

Los tipos le daban alcance muy pocos segundos después.

Fue Yves Beguin el primero en ponerle las zarpas encima.

La derribó al suelo sin ningún miramiento y le sujetó los brazos con una sola mano, mientras con la otra le cubría la boca, impidiéndole gritar.

Louis Dantan le inmovilizó las piernas.

Jean Libman sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña y alargada caja metálica, la abrió, y extrajo una jeringa.

Contenía un líquido blanquecino.

En la cajita también se veían un par de agujas hipodérmicas.

Jean aplicó una de ellas a la jeringa.

Seguidamente, la aproximó a su brazo derecho.

Ella no pudo hacer nada por impedir que la aguja se clavara en su brazo, inmovilizada como estaba por Yves y Louis.

Sintió cómo el líquido penetraba en su organismo.

Incluso antes de que Jean acabase de ponerle la inyección, ya se había sumido en el negro y profundo pozo de la inconsciencia.

Lo que sucedió después, sin embargo, era muy fácil de adivinar.

Cargaron con ella, la metieron en un coche, y la llevaron a aquella pequeña y sucia habitación, dejándola inertemente atada a la silla.

¿Para qué?

Tampoco era difícil de adivinar: para que les dijese dónde había dejado escondido el osito de trapo o a quién se lo había entregado.

Y ella tendría que decírselo...

Sí, sabía que acabaría hablando.

Yves, Jean y Louis eran capaces de hacer hablar a un muerto.

Especialmente, el segundo, que conocía las más refinadas torturas, y gozaba poniéndolas en práctica, sobre todo, cuando quien las sufría era una mujer joven y bonita.

Su sadismo no tenía límites.

¿Cuánto tiempo resistiría los horribles sufrimientos a que sin duda la someterían los hombres de Paul Rodin?

No llegó a responderse, porque de pronto se oyeron pasos.

¡Alguien se acercaba!

¡Ellos!

¡Eran ellos!

¡Había llegado la hora del sufrimiento!

Una oleada de frío la obligó a estremecerse.

El terror que sentía, sin embargo, no le impidió pensar que quizá si fingía seguir dormida, se libraba de ser torturada.

Al menos, por el momento.

¿Lograría engañarles?

Muy pronto iba a saberlo, pues ya estaban abriendo la puerta.

La joven dobló la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos.

Su larga cabellera rubia le cubría prácticamente el rostro.

Esperó, procurando dominar la terrible tensión a que todo su cuerpo estaba sometido.

Sentía que el corazón le latía con fuerza, y muy de prisa.

«¡Dios, ayúdame!», suplicó, porque los tres hombres ya estaban junto a ella, observándola.

Yves Beguin, el más corpulento de los tres, pues medía casi dos metros y sobrepasaba largamente los cientos veinte kilos de peso, cogió por el cabello a la rubia y tiró bruscamente hacia atrás, obligándola a levantar la cabeza.

La joven continuó con los ojos cerrados, esforzándose por no mover un solo músculo de su rostro.

—Sigue dormida —rezongó Yves, soltando el pelo de la muchacha, cuya cabeza quedó de nuevo hundida sobre su pecho, el rostro semioculto por el cabello.

—Eres más tonto que una mata de habas, Yves —dijo Louis Dantan, soltando una risita burlona.

Louis era un tipo bastante alto también, pero con treinta y tantos kilos menos que su compañero Yves, de facciones afiladas y

abundante pelo negro. Iba en mangas de camisa, como Yves y Jean, y al igual que éstos, portaba una funda sobaquera, con su correspondiente pistola automática.

Yves Beguin se volvió hacia él con brusquedad.

—¿Qué has dicho, Louis? —masculló, endureciendo gesto, ya bastante duro de por sí.

Dantan se miró las uñas de la mano izquierda.

—Que eres más tonto que una pasa.

Yves sacudió su cabezón.

—No, antes no dijiste eso, Louis.

—No, es verdad —admitió Dantan, esbozando una sonrisa irónica—. Antes dije que eres más tonto que una castaña pilonga.

Yves, furioso, echó hacia atrás su puño derecho, que era algo descomunal, y lo proyectó hacia la cara de su compañero.

Louis saltó ágilmente hacia su izquierda y la maza de Yves sólo golpeó la atmósfera.

A causa del fallo, Yves Beguin se precipitó contra la pared, rebotó en ella, dando un grito, y cayó al suelo.

Louis Dantan empezó a reír burlonamente.

—Casi te cargas el tabique, Yves.

Este vomitó una espantosa maldición y se puso en pie de un salto, con el rostro congestionado por la cólera.

—¡Te voy a hacer trizas, Louis!

—¿Tú, y cuántos más, Yves? —repuso Dantan, a quien no parecía asustarle lo más mínimo el enorme corpachón de su compañero.

La razón era bien sencilla: él era mucho más hábil que Yves con los puños.

Yves trotó hacia Louis, con los puños por delante. Louis levantó los suyos y le esperó tranquilamente.

—¡Quietos los dos! —gritó Jean Libman, interponiéndose entre ambos.

Jean era el más bajo de los tres, sólo metro setenta de estatura, pero también era un sujeto fuerte, con buenos músculos. Su rostro era desagradable de verdad, pues tenía las bolas de los ojos excesivamente salidas; la nariz, larga y rematada por una gruesa bola, por lo que muy bien podía decirse que su apéndice nasal tenía forma de porra; y la boca, grande y algo torcida, a causa de la roja cicatriz que lucía en el labio superior, cerca de la comisura izquierda, que le impedía unir totalmente los labios.

Aquella cicatriz era recuerdo de una camarera, muy atractiva, llamada Catherine.

Mejor dicho, de la pedrada que la camarera le atizó en la boca, cuando Jean quiso abusar de ella en un descampado.

Esa fue la perdición de la pobre Catherine, pues Jean la golpeó brutalmente hasta dejarla sin conocimiento, abusó igualmente de ella, y luego la mató, seccionándole la yugular de un terrible navajazo.

Así de malvado era el tal Jean Libman.

—¡Aparta, Jean! —rugió Yves—. ¡Déjame que le machaque la cara a Louis!

—¡No! —respondió enérgicamente Libman—. Nada de peleas, Yves.

—¡Louis me ha insultado! ¿Es que no lo has oído?

—Sólo ha dicho que eres tonto.

—¿Y eso no es un insulto?

—En parte sí y en parte no.

Yves Beguin arrugó el entrecejo.

—¿Qué quieres decir, Jean?

Libman se acarició la porra nasal.

—Verás, Yves. Tú no eres tonto, pero a veces lo pareces...

—¿Ah, sí...? —masculló el gigantón, apretando los puños.

—Hace un par de minutos, por ejemplo, te dejaste engañar por Simone.

Ese era el verdadero nombre de la joven rubia: Simone, Simone Audiart.

Yves enarcó las cejas.

—¿Engañado por Simone? —repitió.

—Sí, porque no está inconsciente, sólo finge estarlo. Louis se dio cuenta inmediatamente, y yo también. ¿Verdad que le llamaste tonto por eso, Louis?

—Claro —asintió Dantan, columpiándose sobre las puntas de sus pies.

Yves volvió a fijarse en Simone Audiart.

A la joven, que seguía con la cabeza doblada sobre su pecho, se le había detenido por un instante el corazón al escuchar las palabras de Jean Libman.

¡Habían descubierto su treta!

¡De nada le iba a servir ya fingir que seguía dormida!

¡Empezarían a torturarla de un momento a otro!

Yves preguntó:

—¿Cómo sabéis que está despierta?

—Porque no puede dominar totalmente el temblor que le produce el miedo que siente al saberse en nuestras manos —

respondió Libman—. Observa sus rodillas... Se esfuerza por mantenerlas quietas, pero no puede.

—Es verdad, le tiemblan ligeramente...

—¿De qué tendrá miedo, muchachos? —preguntó cínicamente Louis.

—Del mal rato que le vamos a hacer pasar —dijo Jean, con una seca risita.

—Y yo voy a ser el primero en «acariciarla» —masculló Yves, furioso por ser el único de los tres que se había dejado engañar por la joven.

La volvió a agarrar por el pelo y la obligó a levantar mucho la cabeza, tanto, que el tronco de la muchacha se arqueó.

Ella abrió los ojos, aterrorizada.

Yves le dio una feroz bofetada.

La rubia pegó un grito.

Inmediatamente lanzó otro, porque Yves le soltó un revés.

La joven empezó a sangrar ligeramente por la comisura de la boca.

Yves se dispuso a propinarle una tercera bofetada, pero Jean intervino, sujetándole el brazo.

—No seas bruto, Yves. ¿Es que quieres desnucarla?

—¿Desnucarla? —repitió el gigantón—. Si sólo la estoy abofeteando...

—Pero con demasiada fuerza, y podría suceder que le rompieses el cuello. ¿Y sabes qué pasaría entonces? Yo te lo diré, Yves: nos quedaríamos sin saber qué ha hecho con el osito.

—Y el jefe haría longanizas con nosotros —añadió Louis.

—Seguro —dijo Jean.

Yves emitió un gruñido y soltó el cabello de la joven, cuyas primeras lágrimas resbalaban ya por sus enrojecidas mejillas.

—Está bien, ocupaos vosotros de ella —dijo, haciéndose a un lado.

—Que se ocupe Jean —sonrió Louis—. Es el que mejor domina esta asignatura.

Jean Libman también sonrió, mostrando unos dientes desiguales y sucios de nicotina.

—Será un placer, muchachos —dijo, depositando en el suelo el maletín negro que llevaba en la mano izquierda.

Lo abrió.

Un completo juego de instrumentos de tortura quedó visible.

CAPÍTULO IV

Simone Audiart dilató los ojos y se agitó nerviosamente sobre la silla, sin importarle ya que, al moverse, las finas cuerdas de plástico la lacerasen.

—No... —musitó, con voz apenas audible.

El sádico de Jean Libman sonrió siniestramente.

—¿Cuál prefieres para empezar, preciosa?

Louis Dantan, que había prendido fuego a un cigarrillo, expulsó dos chorritos de humo por los orificios de la nariz y dijo:

—Eres una chica afortunada, Simone. Que yo sepa, es la primera vez que Jean ofrece a una de sus víctimas la posibilidad de escoger el instrumento de tortura.

—Empieza ya, Jean —apremió Yves Beguin—. Tengo ganas de ver cómo se retuerce de dolor.

—Eso va a ser en seguida —repuso Libman, eligiendo uno de los instrumentos.

Se volvió hacia la aterrada Simone.

—¡No...! —chilló la joven, con toda la fuerza de sus pulmones.

—Si quieres librarte de la tortura, no tienes más que decimos dónde dejaste o a quién entregaste el osito de trapo —dijo Jean.

—Te seguimos hasta el barrio de Montmartre, allí te perdimos de vista por unos minutos, y cuando te volvimos a encontrar, ya no llevabas el osito —dijo Louis.

—¿Qué hiciste con él, Simone? —interrogó Yves.

La joven no respondió.

Dudaba mucho que se librara de la tortura si hablaba.

Ella conocía bien a aquellos tres hombres.

Es posible que Yves y Louis la dejaran en paz si les decía lo que querían, pero Jean, no.

Jean Libman se ensañaría con ella, tanto si hablaba como si no.

Era demasiado cruel para dejar escapar ninguna oportunidad de satisfacer sus sádicos instintos.

Por eso decidió guardar silencio.

Cerró los ojos, resignándose a su horrible suerte.

—Parece que Simone no quiere hablar, Jean... —observó Louis.

—Peor para ella —masculló Libman, y empezó a «trabajar» a su

indefensa víctima, sin ablandarse lo más mínimo por los alaridos de dolor y desesperación que lanzaba la infortunada joven.

Simone Audiart resistió mucho menos de lo que ella misma pensaba, y poco después de iniciada la tortura, gritó:

—¡Basta...! ¡Hablaré, hablaré...!

Jean rió.

—Pues claro que hablarás, primor —dijo, sin dejar de utilizar el instrumento de tortura, por lo que los angustiosos chillidos de la joven continuaron.

—¡Basta, basta...! —suplicó la muchacha—. ¡He dicho que hablaré...!

Pero Jean Libman no parecía dispuesto a suspender la tortura.

Louis Dantan se acercó a él y le sujetó el brazo con cuya mano manejaba el instrumento.

—Ya es suficiente, Jean.

Libman ladeó bruscamente la cabeza y miró a su compañero, con un destello en los ojos.

—¡Suéltame, Louis!

—Simone está dispuesta a hablar.

—¡Hablará cuando yo quiera!

—No puedes seguir torturándola, Jean.

—¿Por qué no?

—Acabaría desvaneciéndose de dolor y eso no nos conviene. Primero, que nos diga qué hizo con el osito.

Libman entendió.

Dantan le estaba diciendo que, después de que Simone Audiart hablase, él podría seguir torturándola hasta que se cansase, si ése era su deseo.

Y, desde luego, lo era.

Por eso, esbozando una sonrisa, dijo:

—Tienes razón, Louis. No nos conviene que se desmaye sin habernos dicho dónde está el osito.

Dantan volvió los ojos hacia la joven, que se arrugaba de dolor sobre la silla a la que permanecía atada, gimiendo y sollozando.

—Habla, Simone.

—Sí, desembucha de una vez —apremió Yves, llevándose un cigarrillo a los labios—. ¿Qué hiciste con el osito?

La joven, con la cabeza baja, confesó:

—Se lo confié... a un joven llamado Roger Delon... Es pintor, y tiene su estudio en la buhardilla... de una de las casas de la calle en que me atrapasteis... La tercera de la derecha...

Louis, Jean e Yves se miraron.

Fue el segundo el que interrogó:

—¿Es amigo tuyo?

—No... —respondió la joven—. Jamás lo había visto...

—¿Y cómo se te ocurrió dejarle el osito a un desconocido? —inquirió Yves.

Simone explicó:

—Me metí en aquella casa porque vosotros me veníais pisando los talones... Subí hasta la buhardilla, vi resplandor por debajo de la puerta y llamé... El pintor estaba esperando a una modelo llamada Sylvie Prout, y me tomó por ella. Yo no quise sacarle de su error, porque así me ahorra el tener que darle explicaciones. Aunque, por otra parte, eso me obligó a marcharme más pronto de lo que yo hubiera deseado, para no coincidir allí con la auténtica Sylvie Prout... Temía que vosotros dieseis conmigo de nuevo, y decidí confiarle el osito al pintor...

—Entonces, ese Roger Delon no sabe lo que lleva el osito escondido en su tripita... —dijo Louis.

—No, no sabe nada... —respondió Simone.

—Mejor para él.

—¡Seguro! —rió Yves.

Louis arrojó al suelo el resto de su cigarrillo, lo aplastó con la suela del zapato, e indicó:

—En marcha, Yves.

—¿Y Jean...? —preguntó el gigantón.

Dantan sonrió irónicamente, mirando a la joven.

—Se queda vigilando a Simone.

A la muchacha le dio un vuelco el corazón.

Yves gruñó:

—La chica no necesita ninguna vigilancia.

—Eso nunca se sabe, ¿verdad, Jean? —dijo Louis.

Libman sonrió del mismo modo que Dantan.

—Sí, será mejor que me quede —respondió.

—Yo sé por qué quieres quedarte, Jean —masculló Yves.

—Andando, Yves —indicó Louis, atrapándolo por un brazo y tirando de él.

—¡Suelta, demonio! —barbotó el grandullón, pegándole un zarpazo—. Ya soy mayorcito, no necesito que me lleven del brazo.

Salieron los dos de la pequeña habitación.

Antes de cerrar la puerta, Dantan dijo:

—Que te diviertas, Jean.

—Lo procuraré, Louis —sonrió Libman.

Simone Audiart se sintió desfallecer de terror al verse a solas con

el sádico de Libman.

Por la forma en que éste la miró, adivinó inmediatamente lo que iba a suceder.

Desgraciadamente, no se equivocó...

Roger Delon estaba buscando por entre los cuadros que descansaban en el suelo, tratando de encontrar el osito de trapo que le confiara la Sylvie Prout rubia, pero el condenado no aparecía por ningún sitio.

Y esto era lo extraño, porque era imposible que el osito hubiese desaparecido así, por las buenas.

Roger recordaba perfectamente haber cerrado la puerta con llave cuando salió del estudio para dirigirse al de Gerard Portier.

Y así la encontró a su regreso, cerrada con llave.

Por tanto, nadie había entrado en el estudio durante su ausencia.

¿Qué diablos había pasado, pues, con el osito de trapo?

¿Se había esfumado por arte de magia?

Al menos, eso parecía.

Si cuando él salió de su estudio, el osito estaba sobre los cuadros, donde él mismo lo dejó, y cuando volvió, ya no estaba, y nadie había entrado en el estudio durante el tiempo que él estuvo ausente, ¿qué otra explicación cabía?

Pero Roger Delon no creía en magias, ni blancas ni negras.

Por eso se dispuso a buscar de nuevo por entre los cuadros.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Roger se pasó la mano por el cabello y acudió a abrir.

Se encontró con dos tipos altos, uno de ellos con cuerpo de luchador de *catch* y una cara de bestia que imponía lo suyo.

Eran Yves Beguín y Louis Dantan.

Roger, tras un ligero carraspeo, preguntó:

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

—¿Es usted Roger Delon? —inquirió Louis, con una amable sonrisa en los labios.

—Sí...

—¿El pintor? —preguntó Yves, intentando sonreír como su compañero, pero a él le salió muy mal.

—Sí, el mismo —asintió Roger.

—Somos amigos de Sylvie Prout —dijo Louis.

El pintor respingó.

—¿De cuál de las dos?

Yves y Louis se miraron, simulando desconcierto.

—¿Es que hay dos...? —preguntó el segundo.

—Sí, señor, eso parece —cabeceó Roger—. Una rubia y otra morena. Las dos estuvieron aquí no hace mucho, diciendo llamarse Sylvie Prout, ser modelos, y haber sido enviadas por Gerard Portier, un pintor amigo mío. Y como cuando la segunda llegó, la primera ya se había marchado, no pude saber cuál de las dos era la verdadera Sylvie Prout, y cuál la embustera. Estoy hecho un lío, de verdad. Espero que ustedes, que son amigos de Sylvie Prout, me aclaren este embrollo.

Louis sonrió.

—Seguro que sí. Sylvie Prout es una joven alta, cabello largo y rubio, ojos azules, nariz...

—No es necesario que siga —le interrumpió Roger, ligeramente desilusionado, aunque sin saber exactamente el motivo—. Esa descripción corresponde a la primera chica que se presentó en mi estudio, así que la embustera es la otra, la morena que vino poco después.

Yves y Louis se mantuvieron en silencio.

Roger dio un suspiro.

—Bien, ya sé quién es la verdadera Sylvie Prout... Ahora, díganme ustedes a qué han venido.

—Nos manda Sylvie —dijo Louis.

—A recoger el osito de trapo que ella le confió —añadió Yves.

—¡Oh, no...! —exclamó ahogadamente Roger.

—¿Cómo dice? —preguntó Louis.

Roger carraspeó.

—Verán, muchachos... Ha sucedido algo muy extraño, ¿saben?

Louis entrecerró los ojos.

—¿De veras?

—¿Qué es lo que ha sucedido? —inquirió Yves, con el ceño fruncido.

Roger lanzó otro suspiro y comunicó:

—El osito ha desaparecido.

Yves y Louis intercambiaron una mirada.

Seguidamente, el segundo disparó su puño derecho. A la mandíbula de Roger Delon.

Se escuchó un seco chasquido y el pintor salió despedido hacia atrás, perdió el equilibrio, y acabó en el suelo, a los pies del caballeto.

CAPÍTULO V

Yves Beguin y Louis Dantan penetraron en el estudio del pintor.

El primero cerró la puerta de un taconazo y se quedó junto a ella, como su compañero.

Desde allí miraron duramente a Roger Delon.

El pintor también los miró a ellos, sentado en el suelo, lleno de perplejidad.

—¿Le importaría decirme por qué diablos me ha pegado? —preguntó a Louis, masajeándose el mentón.

—Para hacerte comprender que con nosotros no se juega —respondió el matón.

—¿Quién ha pedido los dados? —repuso Roger.

Yves rió el chiste del pintor.

—Tiene sentido del humor el muchacho, ¿eh, Louis?

—Sí, eso parece, Yves. Y dentro de poco va a tener la cara como un mapa, a menos que se deje de tonterías nos entregue inmediatamente el osito —advirtió Dantan.

Roger se puso en pie.

—Por eso me ha pegado usted, ¿eh? No cree que «Sonny» haya desaparecido.

Louis entrecerró un ojo.

—¿«Sonny»? —repitió.

—Así llamaba Sylvie a su osito. ¿No lo sabían ustedes?

—No, no lo sabíamos —gruñó Yves.

—Pues ya lo saben —rezongó Roger, moviendo los maxilares—. Oiga, ¿sabe que pega usted duro, Louis?

—Puedo pegar más duro todavía —informó Dantan.

—Pues practique con un saco de arena, no con mi cara.

—Entréganos el osito y tu rostro no sufrirá desperfectos.

—¿Cómo quieren que se lo entregue, si ha desaparecido? Yo lo dejé allí, sobre aquellos cuadros, salí a ver a mi amigo Gerard, y cuando volví, «Sonny» ya no estaba. Lo he buscado por todo el estudio, pero no aparece por ningún lado. Si quieren que demos otro repaso...

—El «repaso» te lo vamos a dar nosotros a ti —masculló Yves, avanzando hacia el pintor.

—¿Y qué ganarán con eso? —repuso Roger—. El osito no aparecerá porque ustedes me den una paliza...

—Ya verás como sí —gruñó Yves, y puso en marcha su puño.

Roger se agachó con asombrosa rapidez.

Yves se precipitó sobre el caballete del pintor, metió el puño por el immaculado lienzo, desgarrándolo, y cayó aparatosamente al suelo, derribando el caballete.

—¿Ha visto lo que ha hecho, cara de mamut? —exclamó Roger, indignado—. ¡Me ha destrozado el lienzo!

Louis Dantan rompió a reír.

—¡Te ha llamado cara de mamut, Yves...!

Yves Beguin escupió una palabrota, se deshizo del bastidor cuyo lienzo acababa de cargarse, y se levantó, con los ojos llameantes de furia.

—¡Te voy a moler la cara, pintor! —bramó, y le soltó un zurdazo.

Roger, haciendo gala de unos reflejos admirables, esquivó de nuevo el puñetazo del grandullón.

Al fallar el golpe, Yves giró sobre sí mismo, quedando de cara a su compañero y de espaldas al pintor.

Roger disparó la pierna derecha y hundió la punta del mocasín entre las posaderas del matón.

Yves pegó un salto hacia adelante, dando un grito.

Louis se mondaba de risa.

—¡Qué vergüenza, Yves...! ¡Si a mí me da alguien una petada en el trasero, no vuelvo a salir de casa!

Yves se revolvió como una fiera, el rostro amoratado por la ira.

—¡Te voy a romper el esqueleto, pintor!

—¿No tiene suficiente con haberme roto el lienzo? —repuso Roger.

—¡No...! —relinchó Yves—. ¡Quiero que mis oídos se deleiten con el crujir de tus huesos al quebrarse!

—¡Oiga, usted es un animal!

—¡Toma, bastardo! —ladró Yves, mandando su puño diestro hacia la cara del pintor.

Por tercera vez falló, pues Roger Delon se desplazó hábilmente hacia su izquierda, al tiempo que le ponía zancadilla al gigantón.

Yves se estrelló de bruces contra el suelo.

De su boca surgió todo un muestrario de imprecaciones, juramentos y tacos.

Tan colérico estaba por no haber logrado alcanzar ni una sola vez con los puños al pintor, como por las carcajadas burlonas de su

compañero Louis, quien, además de reírse, no cesaba de mofarse también de palabra.

—¡Parece que hoy no tienes tu día, Yves! ¿O será que perdido vista y necesitas gafas?

—¡Vete al diablo, Louis! —rugió el grandullón, levantándose del suelo.

Se volvió hacia el pintor.

—¡Te voy a...!

No pudo acabar la frase.

Roger había cogido uno de los botes que tenía sobre mesa y arrojó su contenido al rostro del gorila.

Era aguarrás.

Yves se llevó las manos a la cara, cegado por el aceite volátil de trementina, al tiempo que se ponía a ser como una mula acatarrada, porque parte del líquido había ido a parar a su boca.

Louis volvió a reír con fuerza.

—¡Es la segunda vez que hoy te lavas la cara, Yves...!

Yves Beguin hubiera querido mandar al cuerno a su compañero, pero seguía tosiendo exageradamente, y no podía hablar.

Cuando por fin pudo hacerlo, y entreabrir los párpados, miró con todo el odio del mundo al pintor y empezó a decir:

—¡Maldita sea la madre que te...!

—¡A mi madre no la nombre usted, hombre de las cavernas! —exclamó Roger, y conectó un derechazo a la mandíbula del matón.

Yves, que no esperaba el castañazo, cayó de espaldas al suelo.

Intentó levantarse, pero el pintor le atizó de nuevo, en el mismo sitio, aunque esta vez con el pie.

Yves lanzó un rugido de dolor y dio un par de vueltas por el suelo.

Roger miró al otro matón.

—Levante a su compañero y lléveselo —ordenó.

Louis, que seguía riendo, sacudió la cabeza.

—Yves se levantará solo, no te preocupes. En cuanto a lo de marchamos, no lo haremos hasta que no nos entregues el osito.

—Le repito que «Sonny» ha desaparecido.

—Misteriosamente, ¿verdad?

—Así es.

—No te creo, Delon.

—Ya sé que no me cree, pero es la verdad.

Louis chasqueó la lengua.

—No, ésa no es la verdad, muchacho. Tú, seguramente por casualidad, o quizá porque eres un tipo muy curioso, descubriste lo

que escondía el osito en su tripita.

Roger entornó los ojos.

—¿Es que había algo en su interior?

Louis sonrió.

—No te hagas el tonto, Delon. Bien sabes tú que sí había algo.

—¡Yo qué voy a saber!

De pronto, se oyó rugir a un toro.

Roger volvió la cabeza, respingando.

Era Yves Beguin, que acababa de ponerse en pie.

—¡Te voy a sacar las entrañas, maldito!

—¡Cuando yo digo que es usted un bestia...! —exclamó Roger, burlando la acometida del grandullón.

Yves se vio de nuevo de bruces en el suelo.

Antes de que se levantara, Roger le propinó un duro pisotón en el cuello.

La frente del matón chocó violentamente contra el suelo.

Yves se quedó inmóvil, atontado por el golpe.

Roger se volvió de nuevo hacia el otro gorila.

Louis se puso a aplaudir.

—¡Bravo, Delon! Has demostrado que sabes defenderte. El hecho de que Yves sea un inútil, no resta méritos a lo realizado por ti. Veremos si conmigo te defiendes igual de bien.

—¿También usted tiene ganas de pelear, Louis?

—No demasiadas, ésa es la verdad. Pero no me dejas alternativa. Si no es a golpes, no nos entregará el osito.

—Es usted más terco que una mula, Louis.

—Prepárate, Delon, que yo manejo los puños mucho mejor que mi compañero.

—Gracias por el aviso.

Dantan ya estaba muy cerca del pintor.

De pronto, hizo un amago con la derecha, y disparó la zurda.

Roger Delon no cayó en la trampa, y el puño de Louis sólo encontró el vacío.

En cambio, el del pintor, encontró el afilado mentón del cínico Dantan, y éste se vino abajo.

Roger sonrió.

—Es posible que pelee usted mejor que su compañero, Louis, pero la verdad es que no se nota.

Las pupilas de Dantan chisporrotearon de ira.

Se puso en pie, lentamente.

—Este golpe lo vas a pagar caro, muchacho —masculló, acariciándose la barbilla.

—No hago más que defenderme —repuso Roger—. Son ustedes los que quieren pelea, no yo.

Louis le envió un puño.

Roger burló el golpe con su característica habilidad y respondió con un puñetazo al hígado.

Dantan se dobló hacia adelante, abriendo las fauces.

Roger lo irguió con un gancho de derecha y acto seguido lo mandó de nuevo al suelo con otro golpe, propinado con la zurda.

Louis sacudió la cabeza, para despejarse, y se incorporó ligeramente, apoyándose en los codos.

—Peleeas bien, condenado... —rezongó, dejando escapar un hilo de sangre por la comisura de la boca.

—Gracias a Carlos Monzón —respondió Roger, sonriendo.

Louis puso cara de sorpresa.

—¿El campeón del mundo de los pesos medios...?

—El mismo —asintió Roger—. La última vez que vino a París, me pidió que le hiciese un retrato, y yo, en lugar de cobrarle en francos, le rogué que me pagara en lecciones de boxeo, a lo cual él accedió muy gustosamente.

—Diablos, ahora me lo explico...

Roger levantó los puños y flexionó ligeramente las piernas.

—¿Seguimos, Louis?

—¡No! —respondió inmediatamente Dantan.

—Como quiera —sonrió Roger, bajando los puños— Bien, ahora cargue con su compañero y lárguense los dos de aquí.

Louis se puso en pie, cansinamente.

En lugar de cargar con Yves, se llevó la mano a la axila izquierda y extrajo su pistola automática, encañonando con ella al pintor.

Roger respingó levemente.

—Cuidado con ese chisme, Louis. Se le podría disparar.

—Tú haz lo que yo te diga y no se me disparará.

—Espero sus órdenes, Louis.

—¿Dónde escondiste el osito?

—Se escondió él solito, ya se lo dije.

—Dímelo o aprieto el gatillo y te mando al infierno —amenazó Dantan, curvando el dedo índice sobre el disparador.

Roger sonrió, con gran sangre fría.

—No, no hará tal cosa, Louis. Usted piensa que yo escondí el osito, y no puede arriesgarse a liquidarme, porque a lo mejor después usted y su compañero no son capaces de encontrarlo.

Transcurrieron unos segundos en silencio.

—Eres un chico listo, Delon —dijo Dantan.

—Bueno, no me considero de los más torpes —repuso Roger.

—Anda, date la vuelta y ponte de rodillas.

—¿Para qué?

—Para hacer penitencia.

Roger no tuvo más remedio que obedecer.

Cuando estuvo arrodillado, Louis se acercó a él y le propinó un duro golpe en la cabera, con el cañón de la pistola.

El pintor se desplomó, sin un gemido.

Louis se guardó el arma.

Escuchó un sordo gruñido.

Era Yves, que se estaba recobrando.

Louis sacó su pañuelo y se limpió la sangre que le manaba por la comisura de la boca.

Yves se incorporó pesadamente.

Al descubrir al pintor tendido en el suelo, inmóvil, rezongó:

—Veo que tú sí pudiste con él, Louis...

Dantan no quiso confesar que tampoco él había podido alcanzar con los puños a Roger, Delon.

—Empecemos a buscar el osito, Yves —gruñó.

—¿No te reveló el pintor dónde lo había escondido?

—No, no lo hizo. Insiste en que no sabe dónde está.

—El muy hijo de perra... —masculló Yves, y le soltó un patadón en el costado al artista.

Se disponía a darle otro, pero Louis lo contuvo, diciendo:

—Déjalo, Yves. Ahora no puede sentir los golpes. Venga, busquemos el osito.

Los dos matones empezaron a revolverlo todo.

Revisaron hasta el último rincón, pero sin resultado.

El osito de trapo no aparecía.

Yves rezongó una imprecación.

—Es inútil que sigamos buscando, Louis. El osito no está aquí.

Dantan dio un suspiro.

—Sí, eso parece...

—El pintor debe de haberlo dejado escondido en otro lugar. En su casa, probablemente.

Louis se acarició el mentón.

—Puede que estés en lo cierto, Yves.

—El tipo tiene cara de listo —gruñó el grandullón.

—Y lo es, de eso no hay duda —convino Dantan.

—¿Qué hacemos, Louis?

—Obligarle a hablar, naturalmente. Pero no aquí. Podría venir

alguien y crearnos problemas. Lo llevaremos con nosotros y Jean se encargará de que nos diga hasta cómo se llamaba el cura que lo bautizó.

Yves soltó una risotada.

—Me encantará ver cómo Jean lo «trabaja», Louis.

—Y a mí —sonrió Dantan—. Átale las manos y carga con él, Yves.

Yves extrajo una cuerda del bolsillo de la chaqueta.

Era delgada y de plástico, como las que utilizaron para atar a Simone Audiart a la silla.

Yves atacó las manos del pintor, fuertemente, y luego se lo echó sobre el hombro izquierdo.

Los dos matones abandonaron el estudio de Roger Delon.

Delante del portal del viejo edificio, estaba su coche un «Tiburón» color verde oscuro.

Metieron al pintor en la parte de atrás.

Yves se sentó en el asiento trasero, para vigilar de cerca al artista.

Louis lo hizo frente al volante.

Accionó la llave de contacto y el vehículo se puso en movimiento.

Minutos después, el «Tiburón» se detenía delante de un antiguo caserón que se alzaba en las afueras de París, en un lugar solitario, con muchos árboles.

Louis e Yves salieron del coche.

El segundo cargó de nuevo con el pintor, que seguía inconsciente.

Entraron en el caserón.

Fueron directamente a la pequeña habitación donde tenían presa a la rubia Simone, ubicada en la planta superior.

—No se oye chillar a la chica, Louis —observó Yves.

—Debe haberse desvanecido —repuso Dantan.

—Seguro —rió Yves.

Louis abrió la puerta de la habitación.

Tanto él como su compañero Yves se quedaron de una pieza al ver lo que vieron.

CAPÍTULO VI

Simone Audiart seguía atada a la silla, la cabeza doblada sobre el pecho, aparentemente inconsciente, aunque pudiera ser que estuviese muerta.

Tenía la blusa desgarrada, así como la prenda interior, y sangraba ligeramente por múltiples puntos, a lo largo y ancho del torso. También tenía el mismo tipo de heridas, muy pequeñas, en las piernas.

No fue esto, sin embargo, lo que dejó paralizados a Louis Dantan y a Yves Beguin, que ya estaban acostumbrados a escenas como aquélla, sino el ver a su compañero Jean Libman tendido de bruces en el suelo, sobre un gran charco de sangre.

Louis, saliendo de su sorpresa, se precipitó sobre Jean.

Yves dejó caer al suelo al inerte Roger Delon y se acercó rápidamente también a Jean.

Louis le había dado la vuelta, dejándolo boca arriba.

Jean Libman tenía dos agujeros en el pecho y un tercero en el estómago, por los que fluía la sangre en abundancia.

Tres agujeros de bala.

Era evidente que le habían disparado a boca jarro.

—¿Está muerto, Louis? —musitó Yves.

—¿Tú qué crees? —repuso Dantan.

Yves no dijo nada.

Se daba cuenta de que acababa de hacer una pregunta estúpida.

Después de pasarse la lengua por los labios, que se le habían quedado muy secos, murmuró:

—¿Quién se lo habrá cargado?

—No tengo la menor idea —respondió Louis.

—¡He sido yo! —gritó una voz.

Una voz de mujer.

Pero ronca.

Ronca de tanto emitir agudos y angustiosos chillidos de dolor y desesperación, de tanto suplicar que cesase la tortura, de tanto pedir que acabasen con ella de un balazo en la frente, para no sufrir más...

Sí.

Era la voz de Simone Audiart.

Louis Dantan e Yves Beguin, que habían respingado a un tiempo, se volvieron bruscamente hacia la rubia.

Descubrieron, con ojos agrandados, que la joven tenía las manos libres, y en una de ellas, la derecha, esgrimía una pistola automática.

Era la pistola de Jean Libman.

Y les estaba apuntando con ella.

Louis e Yves sintieron que se les helaba la sangre en las venas; que se les congelaba, más bien.

Ambos intuían que estaban a un paso de la muerte.

Pensaron en echar mano de sus armas respectivas, pero eran conscientes de que, por muy velozmente que actuasen, llegarían tarde.

Simone Audiart les apuntaba desde muy cerca, y en sus ojos, muy enrojecidos, se adivinaba el deseo de apretar el gatillo, de matar, de acabar con ellos como si fueran ratas apestosas.

Y lo eran.

Eso era lo malo.

Los dos desistieron de mover sus respectivas diestras.

—No dispaes, Simone... —murmuró Louis, pálido como un difunto—. Fue Jean quien te hizo sufrir tanto, nosotros no...

Dantan se interrumpió.

Vio cómo el dedo índice de la joven se cerraba sobre el gatillo.

¡Iba a disparar!

¡Era el fin para ellos!

—¡No, Simone, no...! —gritó, los ojos dilatados al máximo.

—¡No dispaes, Simone...! —chilló también Yves, con el rostro desencajado por el terror.

Simone Audiart desoyó las súplicas del par de miserables.

Era cierto que ellos no la habían torturado, pero habían permitido que Jean Libman lo hiciera, y eso no podía olvidarlo.

Había sufrido demasiado.

La joven hizo funcionar el arma.

La primera bala fue para Louis Dantan.

La segunda, para Yves Beguin.

Ambos cayeron hacia atrás, con sendos orificios en el pecho.

Simone los vio retorcerse en el suelo, gimiendo de dolor.

Pero no se convulsionaron por mucho tiempo.

La joven apretó de nuevo el gatillo, y otras dos balas se alojaron en el pecho de Louis Dantan, causándole la muerte de forma Casi instantánea.

Yves Beguin también recibió otros dos impactos en su enorme caja torácica, y, al igual que su compañero Louis, se fue para el otro mundo en un par de segundos.

Satanás los recibiría con los brazos abiertos.

A los tres.

Especialmente, a la víbora de Jean Libman. Este tendría un lugar de honor en el infierno. Simone Audiart bajó lentamente el arma.

Desvió los ojos hacia Roger Delon.

El pintor, quizá ayudado por el eco de los disparos, estaba empezando a recobrar el sentido

Abrió los ojos.

Inmediatamente descubrió a la joven.

Y los tres cadáveres que yacían en el suelo, llenándolo de sangre.

—Sylvie... —murmuró, casi sin voz, los ojos fijos en las múltiples heridas que salpicaban el torso semidesnudo de la joven y sus muslos.

Ella dejó caer al suelo la pistola y se cubrió el pecho con la desgarrada blusa, la cual sostuvo con una mano, mientras con la otra, inclinándose hacia adelante, procedía a soltar las cuerdas que le sujetaban los tobillos a las patas delanteras de la silla.

Cuerdas que, aunque Louis Dantan e Yves Beguin no se dieron cuenta cuando entraron en la habitación, estaban mucho más flojas que cuando ellos se fueron en busca del pintor.

Tanto los tobillos, como las muñecas de la joven, estaban lastimados.

—Yo no soy Sylvie Prout, Roger —confesó Simone—. ¿No te lo dijeron ellos? —preguntó, mirando fugazmente los cuerpos sin vida de Yves y Louis.

—No... —respondió Delon, sentado en el suelo—. Esos dos tipos se presentaron en mi estudio diciendo que eran amigos de Sylvie Prout, y que ella los había enviado por el osito de trapo...

—Mi nombre es Simone Audiart, y no soy modelo, sino miembro del Servicio Secreto francés.

Roger Delon pestañeó.

—¿De veras eres un agente secreto, Sylvie, digo Simone...?

La joven sonrió ligeramente.

—Sí, Roger; ésa es mi profesión. Espero que no se lo digas a nadie...

—¡Oh, no! Puedes estar tranquila, que jamás lo mencionaré.

—Gracias.

—Simone...

—¿Qué?

—¿Por qué, cuando te tomé por Sylvie Prout, no me aclaraste que no eras ella? —preguntó Delon, tocándose con los dedos la protuberancia sangrante que tenía en la parte posterior de la cabeza, producida por el golpe que le propinara Louis Dantan con el cañón de su pistola.

—No me interesaba decirte quién era yo realmente, por eso no te saqué de tu error —respondió ella.

—¿Por qué viniste a mi estudio, Simone?

La joven volvió a observar fugazmente los cadáveres de Jean, Yves y Louis.

—Estos tres hombres me perseguían. Trabajaban para un tipo llamado Paul Rodin, y éste les había ordenado que se apoderasen del osito de trapo, en cuyo interior hay algo que Paul Rodin tiene enormes deseos de conseguir.

—Sí, eso dijo el tipo que respondía al nombre de Louis, que el osito guardaba algo en su tripita...

—Pero no te dijo qué, ¿verdad?

—No.

—Bien, como te estaba diciendo, estos tres tipos me perseguían. Con el fin de despistarlos, me introduje en el portal de la casa en cuya buhardilla tienes tú el estudio, subí las escaleras, llegué hasta la buhardilla, y llamé. Lo demás, ya lo sabes.

—¿Por qué te marchaste tan pronto, sabiendo que los tipos andaban por abajo? ¿Te avergonzaba posar sin ropa para mí?

Simone sonrió.

—No, no me hubiera importado. Me marché tan pronto porque temía encontrarme en tu estudio con la verdadera Sylvie Prout.

Roger sonrió levemente al recordar a la atractiva morenita.

—¿Se presentó Sylvie? —preguntó Simone.

—Sí. Llegó apenas cinco minutos después de que tú te marchases.

—¿Y qué pasó?

—No quise creer que ella fuese la verdadera Sylvie Prout. La chica se puso muy furiosa y se marchó.

—Pobre Sylvie, lo siento.

—¿Por qué me confiaste el osito, Simone? —inquirió Roger.

—Temía que los hombres de Paul Rodin me capturasen al salir.

—Y así fue, ¿verdad?

—Desgraciadamente... Me atraparon, me durmieron, inyectándome un líquido blanquecino en el brazo, y cuando desperté, me encontré en esta habitación, atada fuertemente a la silla. Como me negué a decirles qué había hecho con el osito, me

torturaron... Fue ése, el del centro... Se llamaba Jean, y era el hombre más cruel que jamás he conocido. Gozaba haciendo sufrir a sus víctimas, especialmente, si eran mujeres. Mira ese maletín...

—¿Qué son todos esos chismes, Simone?

—Instrumentos de tortura. Y el sádico de Jean sabía utilizarlos como nadie.

Roger sintió un estremecimiento.

—Cuánto has debido sufrir, Simone...

—Horrores.

—¿Por qué no les confesaste antes que el osito me lo habías confiado a mí?

—Se lo dije apenas un par de minutos después de que el malvado de Jean utilizase uno de sus instrumentos conmigo, porque no podía resistir tanto sufrimiento... Cada vez que lo aplicaba a mi carne, era como si me mordiese un ratoncillo con sus afilados dientecillos... Sin embargo, de poco me sirvió confesar que el osito te lo había confiado a ti. Yves y Louis fueron a tu estudio, pero Jean se quedó conmigo, porque deseaba seguir torturándome. Fue algo espantoso, Roger...

—Pobre Simone... —murmuró el pintor, con el estómago encogido.

El recuerdo de aquellos horribles momentos hizo que las lágrimas asomasen a los ojos de Simone Audiart, quien continuó:

—Le supliqué una y mil veces que no me torturase más, que acabase conmigo de un balazo en la cabeza, pero él siguió satisfaciendo sus sádicos instintos, en vista de lo cual, y como única posibilidad de poner fin a tanto sufrimiento, di un largo grito, puse los ojos en blanco y doblé la cabeza sobre mi pecho, para hacerle creer que me había desvanecido.

—¿Y dio resultado tu treta, Simone?

—Gracias a Dios, sí. Jean dejó de aplicarme el instrumento de tortura, convencido de que yo me había desmayado de dolor. Entonces, hizo algo que me desconcertó por completo: desató las cuerdas que sujetaban mis tobillos a las patas de la silla; también me soltó las manos. Luego, me tendió de espaldas en el suelo. Fue entonces cuando comprendí que Jean se disponía a abusar de mí. Yo seguí fingiendo estar desvanecida, y cuando el arma que descansaba en la funda que él llevaba bajo la axila, estuvo al alcance de mi mano, la tomé velozmente, le apunté y apreté el gatillo, tres veces... Jean murió en el acto.

—Se merecía un final así, por canalla —dijo Roger.

Simone Audiart prosiguió su relato:

—Yo volví a sentarme en la silla, me até los tobillos a las patas delanteras, como los tenía antes, y esperé el regreso de Yves y Louis, para recuperar el osito y darles también a ellos su merecido. Cuando los oí llegar, me puse las manos a la espalda y fingí estar desvanecida. Ellos, al abrir la puerta, se quedaron de piedra. Repuestos de la sorpresa, se precipitaron sobre el cadáver de su compañero. Entonces fue cuando yo les apunté con la pistola de Jean. Ellos me suplicaron que no les matase, pero yo apreté el gatillo varias veces, pues eran tan responsables de lo que yo había sufrido como el propio Jean.

—Lo mismo pienso yo, Simone —manifestó Delon.

—Tipos así no merecen vivir, Roger.

—Desde luego que no.

La joven sonrió suavemente.

—Bien, afortunadamente, esta horrenda pesadilla ha acabado ya.

—Así es.

—Lo que no comprendo es por qué Yves y Louis te golpearon y te trajeron aquí...

—Yo tampoco. Aunque tengo una ligera idea.

—¿Sí?

—Debieron traerme para que el sádico de Jean mostrase también sus habilidades conmigo.

La joven elevó las cejas.

—¿Para que Jean te torturase, quieres decir?

—Sí.

—Pero ¿por qué iba Jean a torturarte a ti?

—Por la misma razón que a ti: para que les dijese qué había hecho con el osito de trapo.

Simone Audiart abrió la boca, sorprendida.

—¿Es que no se lo entregaste a Louis y a Yves?

—No, no lo hice.

—¿Por qué? ¿Acaso no creíste que eran amigos míos, que yo los había mandado por el osito?

El pintor se rascó una patilla.

—Bueno, lo primero no me extrañó, aunque confieso que sí me pareció raro lo segundo... De todos modos, ésa no fue la causa de que no les entregase a «Sonny». ¿O ya no debo llamar así al osito?

Simone sonrió.

—Ese nombre se me ocurrió en tu estudio. No está mal para un osito, ¿verdad?

—No, está muy bien —sonrió también Delon.

—Pues sigamos llamándolo así, ¿de acuerdo?

—Por mí no hay ningún inconveniente.

—Bien. ¿Cuál fue, entonces, la causa de que no entregaras a «Sonny» a Louis y a Yves?

Roger se rascó de nuevo la patilla.

—Me temo que lo que voy a decirte no va a gustarte, Simone...

—¿No?

—«Sonny» ha desaparecido.

CAPÍTULO VII

Tras unos segundos de silencio, Simone Audiart, con el desconcierto reflejado en su bello rostro, se levantó lentamente de la silla, las manos pegadas a la desgarrada blusa.

—¿Qué es lo que has dicho, Roger? —preguntó, con voz apagada.

Roger Delon se puso también en pie.

—Que «Sonny» ha desaparecido —repitió, haciendo una mueca de dolor, porque, al incorporarse, sintió unos agudos pinchazos en el costado derecho.

Y es que el patadón que el bruto de Yves Beguin le soltó en aquella zona, cuando Roger se hallaba tendido en el suelo e inconsciente, no fue ninguna tontería.

Roger se llevó las manos al costado.

—Diablos, cómo me duele aquí... —rezongó.

Simone Audiart, cuyo rostro seguía denotando desconcierto, dio un paso hacia el pintor.

—¿Cómo es posible que «Sonny» haya desaparecido?

Roger encogió ligeramente los hombros.

—No lo sé, Simone. Yo tampoco me lo explico.

—Pero...

Roger extendió los brazos hacia ella.

—¿Por qué no me desatas las manos, Simone? Las muñecas empiezan a dolerme...

La joven se dispuso a soltarte, pero, al separar las manos de la desgarrada blusa, ésta se abrió, dejando al descubierto por un momento el torturado torso de la muchacha.

—¡Oh! —exclamó quedamente ella, cruzándose de nuevo la blusa.

Se la sujetó con la mano izquierda y con la derecha intentó desatar al pintor, pero era evidente que con una sola mano nunca conseguiría deshacer los fuertes nudos.

Roger Delon sonrió.

—Necesitas utilizar las dos manos, Simone.

—Sí, pero es que la blusa...

—¿Y eras tú la que decía que no le hubiera importado posar sin

ropa para mí?

La joven se mordisqueó el labio inferior.

—No es lo mismo, ¡caray...!

—Tienes razón. No estoy ante un caballete, con la paleta en una mano y el pincel en la otra.

—¿Por qué no cierras los ojos?

—Si tú quieres...

—Por favor.

Roger cerró los ojos.

—Ya está, Simone.

La joven no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Seguro que no ves nada, Roger?

—Nada en absoluto, te doy mi palabra.

—¿De hombre o de pintor?

—Las dos si quieres, para que estés más tranquila.

—Voy a creerte, Roger.

—Gracias por la confianza —sonrió Delon.

Simone Audiart, utilizando las dos manos, logró desatar al pintor.

Inmediatamente después se cruzó la blusa y se la sujetó contra el pecho.

Roger se frotó las muñecas, algo despellejadas.

Como seguía con los ojos cerrados, Simone dijo:

—Ya puedes mirar, Roger.

Delon abrió los ojos.

Sonriendo, se quitó la floreada camisa y se la ofreció a la joven.

—Ponte mi camisa, Simone.

Ella la cogió.

—Qué pecho tan atlético, Roger...

Delon se dio unas cuantas palmadas en los músculos pectorales.

—Soy un amante del gimnasio, Simone.

—Se nota, se nota. Y también se nota que te atizaron duro en el costado... —observó la joven, fijándose en el manchón azulado que en el lado derecho tenía el pintor.

Roger se miró el costado.

—Debieron darme alguna patada, cuando estaba inconsciente.

—El bestia de Yves, seguro —adivinó Simone.

—Me daré la vuelta, para que puedas cambiarte —dijo Roger.

—Hombre, tampoco hay que exagerar —repuso ella, sonriendo —. Con que me la dé yo, es suficiente.

—Como prefieras.

La joven se puso de espaldas al pintor y procedió a cambiarse.

—Tienes una espalda preciosa, Simone —dijo Roger.

—Gracias —sonrió ella, mirándole por encima del hombro.

Segundos después, ya llevaba puesta la camisa del pintor.

Se volvió, mirándose.

—Me sienta fatal, ¿verdad, Roger?

—Mujer, tanto como eso...

—Me sobra la mitad.

—Bueno, es verdad que te viene un poco holgada, pero...

—Y casi me cubre por completo la minifalda.

—La superminifalda —carraspeó Roger.

Simone sonrió coquetamente.

—Tengo las piernas bonitas, y me gusta lucirlas. No hay nada de malo en ello.

—Por supuesto que no.

De pronto, el semblante de la joven se ensombreció.

—Espero que las heridas que me causó el canalla de Jean con su instrumento de tortura no dejen señales...

—Seguro que no —dijo Roger—. Son muy pequeñas, cicatrizarán sin dejar rastro.

—Sería terrible que...

—Deja de preocuparte, Simone. Podrás seguir llevando minifaldas y blusas y vestidos de generoso escote, ya lo verás.

La joven volvió a sonreír.

—Eres un tipo estupendo, Roger.

—Eso solía decir mi madre.

—Volvamos a hablar de «Sonny», ¿te parece?

—Desapareció, ya te lo dije.

—¿Cómo?

—De lo más misteriosamente que te puedas imaginar.

—Explícamelo, anda.

Roger le dijo lo mismo que les dijera a Yves Beguin y a Louis Dantan: que cuando salió de su estudio para ir a ver a Gerard Portier, el osito estaba sobre unos cuadros, y cuando volvió, había desaparecido.

—¿Y dices que la puerta de tu estudio seguía cerrada con llave cuando regresaste? —preguntó Simone.

—Sí —respondió Roger.

—Qué extraño...

—Y tan extraño. Si nadie entró en el estudio, ¿qué diablos pasó con «Sonny»?

—Es evidente que alguien se lo llevó.

—¿Cómo, pasando a través de la madera de la puerta?

—Pudo abrirla utilizando una ganzúa.

Roger arqueó las cejas.

—¿Una ganzúa?

—Sí; es algo muy corriente.

—Caramba, no se me había ocurrido...

—De todos modos, no creo que sucediera eso.

—¿No?

—La persona en cuestión no se hubiera molestado en utilizar de nuevo la ganzúa para cerrar la puerta. A menos que...

—¿A menos qué, Simone?

—Que quiera hacemos creer a todos que tú deseas quedarte con «Sonny».

—¿Y para qué diablos iba a querer yo un osito de trapo?

—¿Olvidas que guarda en su tripita algo muy importante?

—Pero yo no sabía que guardase nada. No lo supe hasta que Louis me lo dijo.

—Pudiste haberlo descubierto por casualidad.

—Sí, pude, pero no fue así. En cuanto tú te marchaste, dejé a «Sonny» sobre los cuadros y ya no volví a tocarlo.

—La persona que lo robó espera que no te creamos, Roger.

—Bueno, Yves y Louis no quisieron creerme. Pero no creo que tú...

Simone Audiart guardó silencio.

Roger Delon la miró fijamente a los ojos.

—¿Tampoco tú me crees, Simone...?

Ella siguió callada, resistiendo la mirada del pintor sin pestañear.

Roger frunció el ceño, dolido.

—Hace un momento dijiste que era un tipo estupendo, Simone.

—Sí, lo dije.

—¿Ya no te lo parezco?

—Claro que sí.

—¿Y cómo puedo parecerte un tipo estupendo y un embustero a la vez?

La joven sonrió con suavidad.

—Tú no me pareces un embustero, Roger. Es más, estoy segura de que no lo eres.

—¿Quiere eso decir que sí me crees?

—Sí, Roger, te creo.

Delon suspiró hondamente.

—Vaya, menos mal...

—Pero dudo que mis superiores crean tu historia.

—¿Te refieres a los jefazos del Servicio Secreto francés?

—Sí.

—¿Por qué iban ellos a dudar de mi palabra?

—Porque no te conocen como yo, y pueden pensar que quieres hacer negocio con lo que guarda «Sonny» en su tripita.

—¿Es que se puede hacer negocio con ello...?

—Ya lo creo. ¿Por qué crees tú que Paul Rodin tiene tanto interés en conseguir el osito? Y no es el único que anda tras él.'

—¿Por qué no me dices de una vez qué es lo que oculta «Sonny» en su interior?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Siento una irresistible curiosidad, Simone.

La joven vaciló.

—¿No se lo dirás a nadie, Roger?

—Lo juro por mi madre, que en paz descanse —dijo Delon, mirando hacia el techo, con la mano derecha sobre el corazón.

—Está bien, te lo diré. «Sonny» guarda en su tripita el diseño de un nuevo tipo de misil atómico, mucho más poderoso que los creados hasta ahora.

—Anda, la osa...

—Hay una potencia extranjera muy interesada en poseer ese diseño, Roger. Tanto, que pagaría cualquier cosa por él. Paul Rodin, como algunos otros, lo sabe. De ahí su interés por obtenerlo. Lo vendería a esa potencia extranjera y conseguiría una verdadera fortuna.

—Ese Paul Rodin es un zorro...

—Y los otros también, puesto que todos persiguen lo mismo. Como puedes ver, la responsabilidad del Servicio Secreto francés es muy grande. Tenemos que impedir a toda costa que el diseño de ese nuevo y poderosísimo tipo de misil caiga en manos de tipos sin escrúpulos, que sólo piensan en el lucro personal, sin importarles lo más mínimo la seguridad de su país, de su continente, o del mundo entero.

Delon exhaló un lánguido suspiro.

—Me temo que ya es tarde para eso, Simone.

—Una cosa es que tengan el diseño en su poder, y otra muy distinta que logren sacarlo del país. La efectividad del Servicio Secreto francés ha quedado demostrada en numerosas ocasiones, Roger.

—Sí, sí, pero en ésta...

—La cosa está difícil, lo reconozco. Pero no imposible.

—Ojalá consigáis recuperar el diseño de ese nuevo tipo de misil

atómico, Simone. Lo deseo de corazón.

La joven sonrió.

—Por nosotros no va a quedar, Roger.

—Me consta que no.

Simone Audiart observó una vez más los cuerpos sin vida de Jean Libman, Yves Beguin y Louis Dantan.

—Bien, Roger, vayámonos de aquí. La habitación empieza a oler a cadáver.

—Sí, tienes razón.

Simone y Roger abandonaron la habitación.

Descendieron a la planta inferior y salieron del caserón.

Vieron el coche de los hombres de Paul Rodin.

Entraron en él.

Simone, sentada frente al volante, puso el vehículo marcha.

—¿Dónde te llevo, Roger?

—A mi estudio.

—Bien.

—¿Adónde vas a ir tú? —preguntó Roger.

—En primer lugar, a mi apartamento. Tomaré un baño de agua tibia, me desinfectaré las heridas, y luego iré a ver a mis superiores, para darles cuenta de lo sucedido.

—Espero que los convenzas de que yo no tengo el osito, Simone.

—Lo intentaré, no te preocupes.

Minutos más tarde, Simone detenía el «Tiburón» ante la vieja casa en cuya buhardilla tenía su estudio el pintor.

—Ya hemos llegado, Roger.

Delon la miró.

—¿Volveremos a vernos, Simone?

—Seguro —sonrió ella—. Tengo que devolverte la camisa.

—¿Y cuándo será eso?

—Mañana por la mañana, aunque no puedo asegurártelo. Con el lío del osito...

—Me gustaría que nos viésemos esta noche, Simone.

—A mí también, Roger. Pero me temo que no va a poder ser...

Delon le aproximó el rostro y la besó suavemente en los labios.

—¿Por qué lo has hecho, Roger? —preguntó ella, con dulce expresión.

—Jamás había besado a un agente del Servicio Secreto, y a mí me gustan las novedades.

La joven sonrió.

—Estamos igual, porque a mí jamás me había besado un pintor.

Roger le dio un pellizquito en la nariz.

—Hasta mañana, Simone.

—Hasta mañana, Roger.

Delon salió del coche.

Esperó a que el «Tiburón» se alejase y luego se introdujo en el portal.

Segundos después, entraba en su estudio.

Se quedó con un pie en alto, paralizado totalmente por la sorpresa.

¡El osito de trapo volvía a estar allí, sobre los mismos cuadros de antes...!

CAPÍTULO VIII

Roger Delon tardó bastantes segundos en reaccionar.

Por fin, aunque sin salir de su perplejidad, cerró la puerta del estudio y se acercó al osito.

Despacio.

Casi con miedo.

¿O quizá sin el «casi»?

Sí.

Tenía un poco de miedo.

«Sonny» no era un osito cualquiera.

Por él habían muerto tres hombres: Jean, Yves y Louis.

Y había sido salvajemente torturada una joven: Simone Audiart.

Roger pensaba que lo primero también podía sucederle a él.

O quizá lo segundo.

Se detuvo delante del osito.

Alargó una mano hacia él, pero no se atrevió a tocarlo.

Como si temiera que le mordiese.

Su cerebro se esforzaba por encontrar una explicación lógica al hecho de que el osito de trapo estuviese de nuevo allí, en su estudio, en el mismo sitio de antes, tal como él lo dejara.

Y creyó encontrarla.

La persona que entró en el estudio, utilizando una ganzúa, y se llevó a «Sonny», extrajo del interior del osito el codiciado diseño del nuevo tipo de misil atómico, y luego regresó al estudio, dejando a «Sonny» donde estaba antes.

¿Y para qué tomarse la molestia de volver?

Pues por la misma razón que antes se tomó la molestia de utilizar la ganzúa para cerrar la puerta del estudio: para que todos creyesen que él, Roger Delon, se había quedado con el diseño del misil atómico.

Lo había dicho Simone Audiart.

Y había acertado de lleno.

¡Querían hacerle a él responsable de la desaparición del diseño...!

Sí, de la desaparición del diseño, porque él estaba seguro de que había desaparecido.

Pondría la mano en el fuego a que el diseño del misil atómico ya no estaba en el interior del osito, aunque éste pareciese intacto.

El diseño lo tenía la persona que se llevó a «Sonny».

¡Seguro que lo tenía!

Bien.

Cuando Simone volviese por su estudio, le explicaría lo sucedido.

Y ella le creería.

Ya le había creído una vez, ¿no?

¿Por qué no iba a creerle de nuevo?

A la persona que se había apoderado del diseño del misil atómico le iba a fallar su plan. Al menos, en lo que a echarle a él las culpas se refería.

Roger decidió olvidarse por completo del osito.

Se acercó a la percha.

Allí tenía colgadas otras dos camisas, unos pantalones oscuros y un suéter de lana.

Roger cogió una de las camisas, la de color granate, y se la puso.

A continuación, levantó el caballete y lo desplegó.

Afortunadamente, el bruto de Yves no le había causado ningún desperfecto cuando se precipitó sobre él y lo derribó violentamente.

El lienzo, en cambio, ya no servía para nada.

Tendría que colocar uno nuevo.

¿Para pintar a quién?

A Sylvie Prout, por supuesto.

¿Accedería ella a posar para él, después de lo sucedido?

Roger estaba seguro de poder convencerla.

Aunque sabía que no le iba a ser fácil.

Por eso, cuando más pronto lo intentase, mejor.

Roger salió del estudio.

Cerró la puerta con llave, como de costumbre, aunque para cierta persona ello no fuese obstáculo para entrar y salir de su estudio cuando le diese la gana.

Con utilizar su ganzúa...

Roger descendió las escaleras.

Una vez en la calle, se dirigió al estudio de Gerard Portier.

Roger Delon llamó.

Apenas diez segundos después, la puerta se abrió, dejando ver a Gerard Portier.

Gerard era un tipo bastante alto, delgado, de facciones agradables. Tenía treinta y seis años, y lucía una cuidada barbita.

—¡Roger! —exclamó, sonriendo.

—Hola, Gerard —saludó Delon, sonriendo también.

—Pasa, hombre.

Roger entró en el estudio de Gerard.

Este cerró la puerta y se volvió hacia Delon.

—¿Qué te trae por mí estudio, muchacho?

—Vine sobre las diez y media, pero no estabas —respondió Roger.

—De modo que fuiste tú quién llamó... —murmuró Gerard.

Roger frunció el entrecejo.

—¿Quieres decir que sí estabas?

—Sí...

—¿Y por qué no abriste la puerta?

Gerard Portier carraspeó levemente.

—No estaba solo, Roger.

—¿Con quién estabas?

—Con mi nueva modelo. Se llama Séverine, y tiene una figura increíble.

—¿Y qué tiene eso que ver con que no me abrieras la puerta? Yo soy pintor, como tú. No creo que a la chica le hubiese importado que la viese sin ropa. Suponiendo que estuviese posando así, claro...

—Oh, sí; estaba posando sin ropa. Pero Séverine es una chica muy vergonzosa, ¿sabes? Me costó bastante convencerla para que posase en traje de Eva para mí.

—¿No es una modelo profesional?

—Sí, pero...

Roger miró severamente a su amigo.

—Tengo la sensación de que me estás soltando una sarta de mentiras, Gerard.

—¡Oh, no! Te estoy diciendo la verdad, Roger.

—¿Cuántos días lleva posando para ti esa tal Séverine?

—Hoy ha sido el primero.

—¿Cuánto tiempo ha estado?

—Dos horas.

—En dos horas se puede pintar bastante...

—Sí, es verdad —sonrió Gerard, nerviosamente.

—Déjame ver tu trabajo de esta mañana —dijo Roger, caminando hacia el caballete de su amigo;

Gerard dio un salto y detuvo a Roger, cogiéndole por un brazo.

—Espera, Roger.

Delon lo miró, con fingida extrañeza.

—¿Qué te pasa, Gerard?

—No me gusta que nadie vea mis cuadros hasta que no estén completamente acabados. Me trae mala suerte, ¿sabes?

—No sabía que fueses supersticioso, Gerard...

—Pues lo soy. Y mucho. Ahora haz el favor de largarte, ¿quieres?

—No pienso irme sin ver lo que tu hábil y experta mano ha plasmado en ese lienzo esta mañana en ciento veinte minutos.

—No voy a permitirlo, Roger.

Delon elevó los puños y flexionó levemente las piernas.

—Podemos empezar la pelea cuando gustes, Gerard.

Portier levantó una mano, al tiempo que sacudía la cabeza.

—No, Roger, yo no me pego contigo.

—¿Por qué?

—Diablos, porque manejas los puños como un profesional.

—Gracias a Carlos Monzón. La última vez que estuvo en París, me pidió que le hiciese un retrato, y yo...

—Oh, Roger, ese cuento ya lo tengo demasiado oído —le interrumpió Gerard, pegando un manotazo al aire.

Roger sonrió, bajando los puños.

—¿Puedo ver, entonces, lo que has pintado esta mañana?

—Qué remedio... —rezongó Gerard.

Roger se acercó al caballete y observó el lienzo.

Estaba tan inmaculado como el que a él le destrozó el bestia de Yves de un puñetazo.

Roger no se sorprendió en absoluto, porque esperaba encontrarlo así.

Se volvió hacia su amigo.

—Está en blanco, Gerard.

—Sí...

—¿Por qué me has mentido?

Gerard encogió ligeramente los hombros.

—No lo sé exactamente, Roger... Hubiera sido mucho más sencillo decirte la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Séverine, como ya te he dicho, tiene un cuerpo increíble. Y menos vergüenza que un mico. Todavía no había yo cogido la paleta y el pincel, y ya se me estaba insinuando descaradamente...

Roger sonrió.

—Entiendo, Gerard. En lugar de trabajo, sólo hubo diversión.

Gerard asintió, cabeceando.

—Así es.

—Menudo pájaro estás tú hecho, Gerard.

—¿Y qué quieres? Uno no es de piedra, demonios... ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar, vamos a ver?

—Probablemente lo mismo —rió Roger.

—¡Seguro que sí! —exclamó Gerard, riendo también.

—¿Conoces la dirección de Sylvie Prout, Gerard? —preguntó Delon.

—¿La dirección de Sylvie?

—Sí.

—¿Qué pasa, no acudió a tu estudio esta mañana...?

—Oh, sí, claro que acudió.

Gerard le guiñó un ojo pícaramente a su amigo.

—¿Qué te ha parecido la chica, Roger?

—Es una verdadera monada.

—¿No te lo decía yo?

—Anda, dame su dirección.

—¿Para qué la quieres, zorrón?

—Tengo que hablar con Sylvie.

—¿Y no puedes esperar hasta mañana, cuando vuelva por tu estudio?

—No.

—¿Por qué te urge tanto hablar con ella?

—Discutimos, Sylvie se enfadó, y se marchó.

—¿De veras...?

—Si no hablo con ella, no volverá por mi estudio.

—¿Por qué fue la discusión, Roger?

—Te lo explicare en otro momento, ahora no tengo tiempo.

—Déjame adivinarlo. Quisiste tomarte alguna libertad con Sylvie, y ella te mandó a paseo. ¿A que fue eso?

—No, no fue eso. Yo jamás me tomo libertades con mis modelos, a menos que ellas me den pie para ello Y Sylvie no hizo tal cosa.

—Ni lo hará. Sylvie Prout no es de ésas.

—¿Vas a darme su dirección o no?

—Sí, hombre, no pongas esa cara... Vive en el 21 de la rue Récamier, tercera planta, apartamento 15-A. ¿Quieres su número de teléfono también?

—No, tengo que hablar personalmente con ella.

—Ya.

—Hasta luego, Gerard.

—Adiós, Roger.

—Y gracias por la información.

—De nada, hombre.

Roger Delon abandonó el estudio de Gerard Portier.

Sylvie Prout oyó sonar el timbre de su apartamento.

Se levantó de la butaca, dejó el último número de la revista *Paris-Match*, que había estado ojeando, sobre la pequeña mesa de té de la salita de estar, y acudió a abrir.

Al tirar de la puerta, se encontró con un precioso ramo de flores.

Alguien lo sostenía en las manos, pero no podía saber quién, pues el ramo le cubría totalmente la cara al portador del mismo.

Sylvie bajó la mirada, observando lo que el ramo de flores permitía ver.

La camisa del tipo no le dio ninguna pista, pero sí los pantalones téjanos, color caña, y los mocasines marrones.

—¡Roger Delon...! —exclamó, sintiéndose enrojecer de ira.

El ramo descendió unos centímetros, dejando ver la mitad superior del rostro del pintor.

—¿Cómo supo que era yo? —preguntó, con ojos sorprendidos.

—¡Por el olor a pintura! —respondió la joven, y se dispuso a darle con la puerta en las narices.

—¡Espere, por favor! —rogó Delon, interponiendo el pie entre la puerta y el marco de la misma.

—¡No quiero esperar!

—Tengo que hablar con usted, Sylvie.

—¡No quiero hablar con usted!

—Por favor, Sylvie...

—¡Aparte la pezuña o se la trituro! —amenazó ella, empujando la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Ay...! —chilló Roger, arrugando la cara.

—¡Le advertí que quitara la pezuña!

—¡Sí, pero lo dijo cuando ya estaba empujando con la fuerza de un camionero! ¡Y sigue empujando...!

—¡No dejaré de empujar hasta que no quite el pie!

—¿Cómo quiere que lo quite, si me lo tiene pillado con la puerta?

Sylvie Prout aflojó ligeramente la presión que ejercía sobre la hoja de madera.

Roger Delon se dio mucha prisa en quitar el pie.

La joven cerró la puerta rápidamente.

Por eso no vio saltar al pintor a la pata coja por el corredor.

Sylvie rió quedamente.

Dejó transcurrir un minuto.

Después, abrió de nuevo la puerta, apenas un par de centímetros, lo justo para aplicar el ojo y averiguar si Roger Delon se había marchado.

No, no se había marchado.

Seguía en el corredor, la espalda apoyada contra la pared, la pierna derecha encogida, haciendo caras feas...

Sylvie sintió nuevos deseos de reír, pero logró contenerse.

Roger la miró, pero no dijo nada.

—¿Qué hace ahí, por qué no se larga? —preguntó la joven.

—Lo haré si me presta usted un par de muletas —respondió Roger.

—No las necesita.

—Claro que las necesito. Me ha dejado el pie hecho una crema de champiñones.

—No sea exagerado.

—No estoy exagerando, Sylvie.

La joven abrió la puerta un poco más.

—Es la tercera vez que me llama Sylvie...

—Ese es su nombre, ¿no?

—¿Se ha convencido ya?

—Sí, averigüé que la embustera no era usted, sino la rubia del osito.

—Por eso ha venido, ¿eh?

—Sí, Gerard me dio su dirección.

—Pues no debió dársela.

—Él no sabe lo que pasó. Le dije solamente que usted y yo habíamos discutido.

—¿A qué ha venido, Roger?

—A pedirle disculpas por lo sucedido y a rogarle que pose usted para mí.

—Le advertí que no lo haría, porque sería perder el tiempo.

—Sí, es verdad, dijo usted que no posaría para mí ni aunque le pagase a mil francos la hora.

—Así es —respondió ella, elevando orgullosamente la barbilla.

—Yo no puedo pagarle más de cincuenta, Sylvie. Todavía soy un pintor modesto.

—No tiene por qué pagarme nada, puesto que no voy a posar para usted.

—Se lo ruego, Sylvie.

—Contrate a la rubia.

—Ella no es modelo, sino agente secreto.

Sylvie Prout pestañeó.

—¿Agente secreto?

—Sí. Pertenece al Servicio Secreto francés.

—¿Pretende tomarme el pelo, Roger?

—Le juro que no. Y buena prueba de ello son los golpes que me han dado unos tipos que andaban persiguiendo a la chica. Observe el chichón que tengo en la cabeza —Roger se volvió—. ¿Lo ve, Sylvie?

—Dios mío, sí...

—Y mire, mire lo que tengo aquí —Roger le levantó la camisa, mostrando el enorme hematoma que se le había formado en el costado derecho.

—¡Jesús...! —exclamó la joven, llevándose una mano a los labios.

—Debería estar metido en la cama, no aquí.

—¿Por qué le golpearon esos hombres, Roger...?

—Es una larga historia. Pero se la contaré, si tiene la amabilidad de dejarme entrar en su apartamento.

Sylvia Prout titubeó.

—Está bien, pase —accedió al fin, abriendo la puerta del todo.

—Gracias, Sylvie —sonrió Roger, caminando hacia la entrada del apartamento.

Lo hizo cojeando sensiblemente.

Y con alguna mueca que otra.

Sylvie se arrepintió de haberle pillado el pie con la puerta.

—Siento lo ocurrido, Roger... —murmuró, apenada.

—¿Se refiere a los golpes que me dieron los tipos, o al tritramiento de pezuña?

Sylvie enrojeció ligeramente.

—A lo último —respondió, bajando la mirada.

Roger sonrió comprensivamente.

—No se preocupe, Sylvie. Tenía usted motivos sobrados para estar tan furiosa conmigo.

—Eso es verdad. Pero no debí mostrarme tan violenta.

—Olvídelo, se lo ruego.

La joven se mordió el labio inferior.

—Roger...

—¿Qué?

—¿De verdad le he dejado el pie hecho una crema de champiñones?

Roger se echó a reír.

—No, no ha sido tanto, mujer.

—Me alegro.

—Lo sé.

—Pasemos a la salita de estar —indicó la joven, sonriendo.

Roger la siguió.

Ella extendió una mano hacia el sofá.

—Siéntese, Roger.

—Gracias —dijo Delon, dejándose caer en el sofá.

—Vuelvo en seguida, Roger.

—¿Dónde va?

—Por el botiquín.

—Oh, no se moleste, Sylvie. La herida de la cabeza ya no sangra.

—Debe curarse de todos modos —insistió ella.

—Como quiera.

—Sírvese algo de beber, si te apetece.

—Gracias.

Sylvie Prout fue por el botiquín.

Roger Delon, mientras tanto, se sirvió un trago de ginebra.

La joven regresó con el botiquín.

Mientras le atendía la herida, preguntó:

—¿Me dice ahora por qué le golpearon esos hombres, Roger?

—Querían que les entregase el osito de trapo que me confió

Simone.

—¿Simone?

—Así se llama la rubia.

—¿Y usted no se lo dio?

—¿Cómo iba a dárselo, si había desaparecido misteriosamente?

—¿Desaparecido?

—Sí. Un par de minutos después de que usted se marchase, fui a ver a Gerard, y cuando volví, el osito ya a estaba. Alguien entró en el estudio mientras yo estaba fuera y se lo llevó. Los tipos, sin embargo, no quisieron creerme.

—¿Guarda algún secreto ese osito, Roger?

—Oh, sí. Oculto en su tripita, lleva un documento muy importante. No puedo decirle qué clase de documento, porque le juré por mi madre a Simone que no se lo revelaría a nadie.

—¿Fue ella quien le dijo que guarda un documento muy importante?

—Sí.

—Pero usted no lo ha visto...

—No, no lo he visto.

Sylvie Prout dio un suspiro.

—La rubia le ha tomado el pelo, Roger.

—¿Qué?

—No es un agente del Servicio Secreto francés, sino una vulgar contrabandista.

—¿Contrabandista...? —repitió Roger, perplejo.

—Lo que el osito de trapo guardaba en su interior no era ningún documento importante, sino diamantes.

CAPÍTULO IX

Un mazazo en todo lo alto de la cabeza hubiese producido menos efecto en Roger Delon que las palabras que acababa de pronunciar Sylvie Prout.

¡Simone Audiart no era miembro del Servicio Secreto francés, sino una vulgar contrabandista!

¡El osito de trapo no guardaba en su interior el diseño de un nuevo tipo de misil atómico, sino diamantes!

Al menos, eso aseguraba Sylvie Prout.

Pero ¿cómo diablos podía saberlo ella?

Sylvie, sin duda adivinando que el pintor debía de estar haciéndose esta pregunta, confesó:

—Yo me llevé el osito de su estudio, Roger.

Delon la miró, con los ojos muy abiertos

—¿Usted...?

—Sí.

—¿Cómo demonios consiguió entrar, estando la puerta cerrada con llave?

La joven movió la cabeza en sentido negativo.

—No volví a su estudio, Roger. Me apoderé del osito mientras usted permanecía de espaldas a mí. Lo de que se me había soltado el sujetador fue una treta, para poder birlarle el osito.

—¡Sylvie...! —exclamó Delon, incrédulo.

Ella bajó la cabeza, avergonzada.

—Lo siento, Roger.

—¿Por qué lo hizo?

Sylvie alzó ligeramente los hombros.

—No lo sé... Supongo que sería porque estaba indignada con usted y con la rubia, y debí pensar que, robando el osito, me vengaría de ambos. Gracias a la treta del sujetador, pude cogerlo y ocultarlo en mi bolso.

—¿Cuándo y cómo descubrió que había diamantes en su interior?

—Fue al poco de regresar a mi apartamento... Mi furia había remitido bastante, y fue entonces cuando, al analizar serenamente lo que había hecho, comprendí que había sido una estupidez robar

el osito de la rubia. Además, era la primera cosa que robaba en mi vida, y empecé a sentir remordimientos... Me dije que el único modo de tranquilizar mi conciencia era regresar a su estudio y devolverle el osito. Esto, sin embargo, hizo que me sintiera furiosa de nuevo, pues usted era, en aquellos momentos, la última persona que yo desearía ver otra vez.

—La creo, la creo... —sonrió Roger.

Sylvie continuó:

—Rabiosa, porque no tenía más remedio que volver a verle, y confesarle mi fea acción, arrojé el osito al suelo, con tanta fuerza, que la cabeza saltó del cuerpo, y algunos de los diamantes que ocultaba el osito en su interior, se esparcieron por el suelo.

—Debió quedarse usted de piedra, ¿verdad?

—Imagínese... Tardé varios minutos en reaccionar. Lo primero que se me ocurrió fue llamar a la policía, pero luego pensé que lo mejor era no meterse en líos, así que opté por devolverle el osito a usted, sin mencionar para nada los diamantes, naturalmente. Los metí todos dentro del osito, le coloqué la cabeza, que entra a presión, y me fui para su estudio... Cuando llegué, llamé a la puerta, pero como usted no abría, probé ver si estaba cerrada con llave. No lo estaba, y pude entrar en el estudio. Me extrañó mucho ver el caballete tirado en el suelo, el lienzo destrozado, unas pequeñas manchas de sangre en el suelo... Sentí miedo, mucho miedo, así que dejé el osito donde estaba antes y me marché a toda prisa.

—Y allí continúa el osito, Sylvie...

—¿Con los diamantes?

—Claro.

—¿Qué piensa hacer usted, Roger?

—Lo que no se atrevió a hacer usted, Sylvie: llamar a la policía.

—Sí, creo que es lo mejor —convino la joven—. Ahí tiene el teléfono.

—Antes de llamar tengo que asegurarme de que el osito continúa en mi estudio, con los diamantes.

—¿Teme que alguien, durante su ausencia, haya entrado y...?

—Todo es posible en este complicado asunto, Sylvie. Ha habido golpes, torturas, muertes...

—¿En serio...?

Roger asintió con la cabeza.

—Los tipos que perseguían a la rubia lograron cazarla, la llevaron a un caserón solitario y allí la torturaron salvajemente, para que les dijera qué había hecho con el osito. Más tarde, ella

tuvo oportunidad de acabar con ellos y no lo dudó. Los cosió a los tres a balazos.

—¡Qué horror, Dios mío...! —exclamó ahogadamente la joven.

Roger apuró el trago de ginebra, dejó el vaso sobre la mesa y se puso en pie.

—¿Se atreve a venir conmigo, Sylvie?

—Me temo que no, Roger...

—Lo comprendo perfectamente. Bien, gracias por haberme atendido la herida de la cabeza.

—No tiene importancia —repuso ella, levantándose del sofá.

—Más tarde volveré por aquí, para decirle cómo fue todo. Y para convencerla de que pose para mí, por supuesto.

—Eso tendré que pensarlo.

—Sylvie, ahora ya sabe que yo fui víctima de las circunstancias... La traté mal, es cierto, pero no fue deliberadamente. Si hubiera usted llegado a mi estudio unos minutos antes, cuando todavía estaba la rubia, todo se habría aclarado inmediatamente.

—Yo no estoy tan segura de ello, Roger. Quizá usted hubiese creído a la rubia, en vez de a mí. Le interesaba creerla a ella.

—¿Por qué dice eso?

—La rubia es más alta que yo, tiene más anchas las caderas, y un busto excepcional. Usted lo dijo.

—Usted también tiene una espléndida figura, Sylvie.

—Pero usted la hubiese preferido a ella, no lo niegue.

—En aquel momento, es posible. Ahora, sin embargo, me quedo con usted.

—Claro. Porque ya sabe que la rubia no es modelo, sino contrabandista.

—Pero estoy seguro de que posaría para mí, si yo se lo pidiese.

—Tendría que posar en la cárcel —repuso la joven, irónica.

—Olvidémonos los dos de la rubia, ¿quiere? Es usted quien me interesa como modelo, no ella.

Sylvia Prout no dijo nada.

Roger Delon sonrió suavemente.

—Posará para mí, ¿verdad, Sylvie?

—Ya le he dicho que tengo que pensarlo.

—Bien. Hasta luego, Sylvie.

—Adiós, Roger. Y lleve cuidado.

—Lo tendré, no se preocupe.

—¡Oiga!, ya no cojea al andar... —observó la joven.

—Es que ya no me duele el pie.

—Y decía que se lo había triturado...

Roger Delon, riendo, abandonó el apartamento de Sylvie Prout.

Simone Audiart ya se había dado el baño de agua tibia y atendido debidamente las pequeñas, pero numerosas, heridas que le causara el sádico de Jean Libman.

Se enfundó unos pantalones azul turquesa y un blusón amarillo, se colgó un bolso del hombro, y se dispuso a salir de su apartamento.

Justo en el momento en que su mano se cerraba sobre el pomo de la puerta, el timbre se puso a sonar.

La rubia se sobresaltó.

Silenciosamente, conteniendo hasta la respiración, aplicó el ojo a la diminuta mirilla.

Se tranquilizó bastante al ver que se trataba de Alexandre Charnay, el hombre para quien trabajaba, y Raymond Lenoux, el brazo derecho de Charnay.

La joven abrió la puerta.

—¿Te disponías a salir, Simone...? —preguntó Alexandre Charnay, un cuarentón apuesto y distinguido.

—Iba a su casa, señor Charnay —respondió ella.

—No será necesario, preciosa —repuso Alexandre, entrando en el apartamento de la rubia.

Tras él lo hizo Raymond Lenoux.

Lenoux era un tipo de aspecto duro, unos diez años más joven que Charnay. Sus ojos, pequeños y claros, miraban siempre con una frialdad que a Simone Audiart le hacía sentirse nerviosa, incómoda.

A la rubia no le gustaba nada aquel tipo, no.

Nunca le había gustado.

Cuando los dos hombres estuvieron en el interior del apartamento, Simone cerró la puerta y se volvió hacia ellos.

—Señor Charnay...

—Lo llevas en el bolso, ¿verdad? —la interrumpió Alexandre.

—¿Se refiere al osito?

—Claro.

La joven se mordió los labios nerviosamente.

—De eso quería hablarle, señor Charnay.

Alexandre Charnay entrecerró los ojos.

—¿Algún problema, Simone?

—Paul Rodin se enteró de cuándo y dónde iba yo a recibir la

mercancía.

—¿Eh...?

—Jean, Yves y Louis estaban vigilándome, sin que yo lo supiera, y cuando se me entregó el osito, se lanzaron tras de mí.

—¿Y te lo arrebataron?

—No. Cuando ellos me atraparon, yo ya no llevaba el osito. Se lo había confiado a cierta persona.

—¿A quién?

—A un joven pintor llamado Roger Delon. Sin decirle que dentro del osito había dos millones de francos en diamantes, naturalmente.

—¿Lo sigue teniendo ese tal Roger Delon?

Simone volvió a morderse los labios.

—No, señor Charnay. Alguien se lo robó...

—¿Qué...?

Simone Audiart relató lo sucedido, sin omitir detalle.

Para que ni Alexandre Charnay ni Raymond Lenoux dudasen de su historia, se levantó el blusón hasta cerca del busto y mostró las heridas que tenía en el estómago y en los costados.

Los dos hombres quedaron muy impresionados, especialmente, Alexandre Charnay.

—Hiciste bien acabando con esos bastardos, Simone —dijo Charnay—. Lo que no comprendo es cómo se enteró Paul Rodin de que...

—Alguien se lo dijo —le interrumpió la joven.

—Eso es evidente. Pero ¿quién?

Simone Audiart clavó los ojos en Raymond Lenoux.

—¿Por qué no se lo pregunta a Raymond, señor Charnay? —sugirió—. Tal vez él lo sepa...

Alexandre miró a su hombre de confianza.

Extrañamente, como si lo viera por primera vez.

—Simone... —murmuró.

—¿Qué?

—¿Estás insinuando que Raymond...?

—Es la explicación más lógica, señor Charnay. Raymond, su fiel Raymond, nos ha vendido a Paul Rodin.

Alexandre Charnay fue a decir algo, pero antes de que pudiera hablar, Raymond Lenoux ya esgrimía en la diestra su arma.

Una poderosa «Luger».

Provista de silenciador.

CAPÍTULO X

Alexandre Charnay dio un paso hacia atrás, instintivamente.

También Simone Audiart, pese a que Raymond Lenoux apuntaba a Charnay.

Este miraba la pistola automática con ojos desorbitados.

—¡Guarda el arma, Raymond!

Lenoux sonrió, fríamente.

—Voy a acabar con usted, señor Charnay.

—¡No, Raymond, no...! ¡Te daré lo que quieras!

—Paul Rodin me dará más.

—¡No menciones el nombre de esa rata asquerosa en mi presencia, Raymond!

—Paul Rodin es ahora mi jefe, y no consiento que nadie le llame rata asquerosa.

Alexandre vio cómo el índice de Raymond se curvaba sobre el gatillo de la «Luger».

—¡Traidor...! —rugió, saltando hacia él en un intento desesperado de salvar su vida.

No lo consiguió.

Raymond Lenoux accionó el gatillo tres veces consecutivas.

Alexandre Charnay se fue para atrás, empujado por las balas.

Cuando cayó al suelo, era ya cadáver.

Simone Audiart había lanzado un grito.

Lenoux volvió rápidamente la pistola hacia ella y le apuntó al pecho.

La joven creyó llegada su hora.

Con el rostro amarmolado, temblando de terror, dio un nuevo paso hacia atrás.

No pudo retroceder más, pues su espalda quedó pegada a la puerta del apartamento.

—No... —suplicó, con un hilo de voz.

—¿No qué, Simone? —preguntó irónicamente Lenoux.

—No me mates, Raymond...

—No pienso matarte, preciosa. Al menos, por el momento.

Simone pensó que Lenoux deseaba divertirse con ella antes de alojarle un par de plomos en el corazón.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Raymond? —musitó.

—Llevarte a presencia de Paul Rodin.

La joven sintió crecer su terror.

—¡No, eso no! —gritó—. Prefiero que me mates ahora, Raymond...

—Muerta no nos servirías de nada, Simone. Te necesitamos viva, para que nos acompañes al estudio de Roger Delon.

—El pintor no tiene los diamantes, ya os dije que alguien se llevó el osito de su estudio mientras él estaba ausente...

Lenoux sonrió.

—Eso es un cuento chino, Simone. Charnay se lo tragó porque era un estúpido, pero yo, no. Los diamantes los tiene el pintor en su estudio, y tú pretendes quedarte con ellos.

Simone sacudió la cabeza.

—No es cierto, Raymond, no es cierto... Te repito que alguien se llevó el osito de su estudio, utilizando una ganzúa. Yo pensaba que habías sido tú. Sabes utilizarla muy bien...

—Representas magníficamente tu papel, Simone, pero no te valdrá de nada. Ya verás cómo Paul Rodin tampoco se traga el cuento. Vamos, en marcha.

Simone Audiart no tuvo más remedio que obedecer.

Roger Delon introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar.

La puerta se abrió.

Roger entró en su estudio.

Respiró aliviado al ver que el osito de trapo seguía sobre los cuadros.

Cerró la puerta y se acercó a él

Lo cogió, sin ningún temor ya.

Tiró con fuerza de la cabera del osito.

Esta se separó del cuerpo.

Roger volcó sobre la palma de su mano lo que guardaba el osito en su interior.

La mano se le llenó de diamantes.

Gruesos.

Destellantes.

Preciosos de verdad.!

—Diablos con «Sonny»... —murmuró Roger, con una leve sonrisa en los labios.

De pronto, se abrió la puerta con brusquedad.

Roger giró la cabeza.

Se quedó quieto, muy quieto.

Observando a los tres personajes que acababan de irrumpir en su estudio.

Dos hombres y una mujer.

La mujer era Simone Audiart.

Aunque a Roger le costó trabajo reconocerla.

Tenía la cara desfigurada a golpes.

«Pobre Simone...», pensó Roger.

Era evidente que la atractiva rubia tenía un mal día.

Uno de los hombres, casi tan alto y tan corpulento como Yves Beguin, y con la misma cara de bruto, tenía sujeta a la joven por un brazo.

Era Paul Rodin.

El canalla de Paul Rodin.

El otro, que empuñaba una «Luger» provista de silenciador, con la que apuntaba al pintor, era Raymond Lenoux.

El traidor, de Raymond Lenoux.

Fue éste quien habló:

—¿Qué le dije yo, señor Rodin? Simone pretendía quedarse con los diamantes.

—Sí, yo también suponía que lo de que alguien se había llevado el osito del estudio del pintor, mientras éste se encontraba ausente, era un cuento —dijo Rodin, con su voz de serrucho.

—¿Cuánto le ibas a pagar a Roger Delon por guardarte los diamantes, Simone...? —preguntó Lenoux—. ¿O tal vez le propusiste ir a medias en el negocio?

La joven no respondió.

Tenía sus hinchados ojos fijos en el pintor.

Su mirada estaba llena de reproche.

Roger, adivinando lo que estaba pensando la rubia, se apresuró a aclarar:

—Estás equivocada, Simone.

—¿Equivocada?

—No es lo que tú te imaginas.

—Me engañaste, Roger. Nadie se llevó a «Sonny» de tu estudio, lo tenías tú escondido.

Delon negó con la cabeza.

—Te juro que alguien se lo llevó, Simone. Más tarde, sin embargo, lo devolvió.

—¿No le gustaron los diamantes...? —repuso la joven, con amarga ironía.

—Sería muy largo de explicar, Simone —respondió Roger que no quería revelar que fue Sylvie Prout, la modelo, quien se llevó y devolvió el osito—. Pero debes creerme, yo no te engañé en ningún momento. Tú, en cambio, sí me engañaste a mí. Antes y después.

—No podía decirte que me dedicaba al tráfico de diamantes, Roger... —murmuró ella, empezando a creer que el pintor era sincero.

—Lo comprendo! —sonrió ligeramente Delon.

La joven trató de corresponder la sonrisa del pintor, pero apenas logró formar una mueca con sus hinchados y amoratados labios.

—¿Quién te puso la cara así, Simone? —inquirió Roger.

—Yo —respondió Paul Rodin—. ¿Algo que objetar?

—¿Por qué no prueba a ponérmela a mí? Le aseguro que no le iba a resultar tan fácil, Rodin.

Paul Rodin atirantó los músculos faciales.

—Contigo no tendría ni para empezar, mequetrefe.

—Que se vea.

Paul Rodin hizo ademán de avanzar hacia el pintor, pero Raymond Lenoux le detuvo, diciendo:

—No vale la pena que se despelleje los nudillos deteriorándole la cara a ese fantoche, señor Rodin. Además, no nos conviene perder tiempo con él. Lo que nos interesa son los diamantes, y ya los tenemos. Cuanto antes nos larguemos de aquí, mejor.

—Me gustaría darle una lección al pintor, Raymond —masculló Rodin.

—Le repito que no vale la pena.

—Tienes razón, Raymond.

Este, mirando a Roger Delon, ordenó:

—Vuelve a poner los diamantes dentro del osito, colócala la cabeza, y títamelo.

Roger obedeció.

Cuando Lenoux tuvo el osito en las manos, se lo pasó a Paul Rodin, sin dejar de vigilar al pintor.

—Lo liquido, ¿verdad, señor Rodin? —preguntó.

—Sí, Raymond. El tipo sabe demasiado.

Lenoux se dispuso a apretar el gatillo de la «Luger».

Y lo hizo.

Una sola vez.

La bala, sin embargo, no alcanzó a Roger Delon.

Se clavó en el suelo.

La culpa de que Raymond Lenoux fallase el disparo la tuvo Simone Audiart, quien, en el mismo momento que el tipo accionaba

el gatillo, descargó su mano sobre el arma, desviándola hacia abajo.
—¡Maldita...! —rugió Lenoux.

Casi al mismo tiempo, Paul Rodin le soltaba un duro revés a la joven, a la cual envió al suelo, sangrando por la boca.

Y, casi al mismo tiempo también, Roger Delon saltaba como un tigre rabioso sobre Raymond Lenoux, cuya muñeca derecha aprisionó, para impedir que lo apuntase de nueva con su arma.

Cayeron los dos al suelo.

Roger quedó sobre Lenoux.

Paul Rodin movió rápidamente su mano hacia la axila izquierda.

Extrajo su pistola, una «Smith & Wesson».

Provista de silenciador, como la «Luger» de Lenoux.

Se disponía a disparar sobre la espalda del pintor, cuando algo chocó violentamente contra su cabeza.

Simone acababa de estrellarle una pequeña figura de barro en plena testa.

Rodin trastabilló, pero no llegó a caer al suelo.

Se revolvió, encolerizada, hacia la rubia.

En aquel instante sonó un disparo, amortiguado por el tubo silenciador.

Raymond Lenoux emitió un alarido.

En su forcejeo con Roger Delon, el arma se había disparado, y la bala la recibió él en el pecho.

Roger se apoderó velozmente de la «Luger» de Lenoux.

Se volvió hacia Paul Rodin.

Vio que éste se disponía a disparar sobre Simone Audiart.

Roger apretó el gatillo una vez.

La bala se incrustó en la espalda de Paul Rodin, justo en el momento en que éste disparaba sobre Simone.

Afortunadamente para la rubia, el plomo que Rodin recibió en la espalda le hizo temblar el brazo, y la bala por él enviada, en lugar de partir el corazón de la joven, la alcanzó en el hombro.

Simone cayó al suelo, dando un grito.

Se desvaneció en el acto.

Paul Rodin también se desplomó.

Pero no desvanecido, sino muerto.

Raymond Lenoux también estaba muerto.

Roger Delon se aproximó a Simone Audiart.

Dio un suspiro de alivio al comprobar que la joven sólo estaba herida, y no de gravedad.

EPÍLOGO

El timbre del apartamento de Sylvie Prout se puso a sonar.

La modelo acudió rápidamente a abrir.

—¡Roger! —exclamó, muy nerviosa.

—Ya me tiene de nuevo aquí, Sylvie —dijo Delon, sonriendo.

—Pase —indicó la joven.

El pintor entró en el apartamento de la modelo.

—Cuenta, Roger, cuenta —rogó ella.

—Será mejor que nos sentemos en la salita de estar, Sylvie —sugirió Delon—. Hay mucho que contar.

—De acuerdo.

Pasaron los dos a la salita y se sentaron en el sofá.

Roger le refirió lo sucedido desde el momento en que Paul Rodin y Raymond Lenoux irrumpieron en el estudio, llevando a Simone Audiart.

—¡Qué espanto, Dios mío! —exclamó Sylvie, muy pálida.

—Sí, no fue agradable, no —suspiró Roger—. Los dos hombres muertos, la rubia herida... Ella me salvó la vida, al desviar tan oportunamente el arma de Lenoux. Así se lo hice saber a la policía. Espero que el juez lo tenga en cuenta a la hora de juzgar a Simone. No es mala chica, después de todo.

—Y ha sufrido mucho... —murmuró Sylvie.

—Sí, es verdad. Salvajes torturas, brutales golpes, una bala en el hombro... Creo que el juez también tendrá en cuenta eso, y no se mostrará excesivamente duro con ella. Simone, por su parte, me juró con lágrimas en los ojos que jamás volvería a hacer algo que estuviese fuera de la ley, y daba gracias al cielo por estar viva.

A Sylvie Prout se le humedecieron los ojos.

—Pobre muchacha... También yo deseo que no esté demasiado tiempo en la cárcel.

Roger le tomó una mano y se la oprimió suavemente.

—Sylvie...

—¿Qué?

—¿Ha pensado ya si va a posar para mí o no?

—Sí.

—¿Y...?

La joven sonrió con suavidad.

—Posaré para usted, Roger.

—No sabe cuánto me alegro, Sylvie. Entre otras cosas, porque así la novela tendrá un final más del agrado de los lectores que se decidan a comprarla.

Ella pestañeó.

—¿Novela? ¿Qué novela?

—La que pienso escribir, relatando lo sucedido esta mañana. Ya tengo el título: *El pintor, la rubia y el osito*. ¿Le gusta?

La joven sonrió.

—No puedo creer que esté usted hablando en serio, Roger.

—Palabra que sí.

—Pero, usted es pintor, no escritor...

—Cierto. Pero siempre he tenido la ilusión de escribir una novela, y creo que éste es el momento oportuno. Tengo una historia real, muy interesante, que además he tenido la suerte o la desgracia, depende de cómo se mire, de vivir personalmente. No tendré que hacer trabajar mi imaginación inventándome un argumento, personajes, escenas...

—Eso es verdad —convino Sylvie.

—La escribiré a ratos perdidos, desde luego, porque no quiero abandonar la pintura ni siquiera por unas semanas. Y mucho menos ahora, que dispongo de la modelo más encantadora que tuve jamás.

Sylvie rescató la mano que le oprimía cariñosamente el pintor, al tiempo que un ligero rubor teñía sus suaves mejillas, rehuyendo la mirada de él, sugirió:

—¿Una copa, Roger?

—Me vendrá muy bien, Sylvie —respondió Delon.

La joven se levantó del sofá.

Escanció brandy en un par de copas.

Ofreció una al pintor, a cuyo lado se sentó de nuevo.

—Sylvie...

—¿Qué?

—¿No cree que mi novela tendría un final mucho más romántico si usted y yo nos enamorásemos el uno del otro?

Sylvie se echó a reír nerviosamente.

—No diga tonterías, Roger.

—No son tonterías, Sylvie.

—Claro que lo son. ¿Cómo vamos a enamorarnos el uno del otro, si nos hemos conocido esta misma mañana?

—¿Dice alguien que un hombre y una mujer no pueden enamorarse hasta que no hayan transcurrido un determinado

número de días?

—No, pero...

Roger Delon dejó la copa de brandy sobre la mesa de té y volvió a tomar entre las suyas la mano de la joven.

—Sylvie, usted me gusta, me gustó desde el primer momento. Y no sólo como modelo, eso quiero que quede bien claro. Estoy enamorado de usted.

—No puedo creerlo, Roger —respondió Sylvie, sin demasiada convicción.

Delon le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí, y la besó en los labios. Después, mirándola a los Ojos, preguntó:

—¿Sigues dudándolo, Sylvie?

—No sé qué pensar, Roger... Estoy confundida...

—No te parezco un tipo sincero?

—¿Entonces...?

La joven compuso un hociquito de disgusto.

—Me chincha tener que enamorarme de alguien sólo porque una novela necesite un final más romántico.

Roger se echó a reír.

—No es cierto que vaya a escribir una novela, Sylvie.

—¿No...?

Roger sacudió la cabeza.

—Deseaba confesarte que me había enamorado de ti, pero no me atrevía a decírtelo así, por las buenas... Lo de escribir una novela me sirvió para llegar adonde quería de un modo menos brusco, más sutil.

—Qué granuja eres, Roger... —rió ella.

—¿Tú no estás enamorada de mí, Sylvie?

—No.

—Qué desilusión.

—Pero me gustas, Roger.

—Vaya, algo es algo.

—Y creo que no me será difícil enamorarme de ti.

—Yo me ocuparé de que eso sea cuanto antes —repuso Roger, y volvió a unir su boca a la de ella.

Este nuevo beso fue tan hábil, tan sincero, y tan apasionado a la vez, que antes de que acabase, la modelo ya estaba enamorada del pintor.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.